



FACULTAD DE FILOLOGÍA

GRADO EN LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

Trabajo de fin de grado

Ideologías lingüísticas del Instituto Cervantes y  
modelos de lengua: Análisis crítico de *El libro  
del español correcto*

Autora: Susana Rodríguez Fernández

Director: Víctor Manuel Longa Martínez

Curso académico: 2013/2014



FACULTAD DE FILOLOGÍA

GRADO EN LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

Trabajo de fin de grado

Ideologías lingüísticas del Instituto Cervantes  
y modelos de lengua: Análisis crítico de *El  
libro del español correcto*

Curso académico: 2013/2014

Autora: Susana Rodríguez Fernández

Director: Víctor Manuel Longa Martínez

## ÍNDICE

<b>Índice.....</b>	<b>2</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>3</b>
<b>Apartado 1. Variación intralingüística y variedad estándar.....</b>	<b>6</b>
1.1. La variación intralingüística.....	6
1.2. Descripción y prescripción.....	8
1.3. La variedad estándar.....	10
1.4. Análisis crítico de la supuesta superioridad del estándar.....	14
1.5. Relativizar el estándar no significa atacarlo.....	17
<b>Apartado 2. El Instituto Cervantes.....</b>	<b>19</b>
<b>Apartado 3. Análisis de <i>El libro del español correcto</i>.....</b>	<b>21</b>
3.1. Propósitos de la obra.....	21
3.2. Gradación de los usos lingüísticos.....	22
3.3. La frecuencia de uso.....	26
3.4. La norma.....	30
3.5. La comunicación.....	31
3.6. Pronunciación.....	32
3.7. Desvalorizaciones de los hablantes.....	33
3.8. Escritores y variedades.....	34
3.9. Términos empleados.....	35
3.10. Variedades dialectales.....	39
3.10.1. Variedades peninsulares.....	40
3.10.2. Variedades hispanoamericanas.....	42
3.10.3. Variedades peninsulares e hispanoamericanas.....	44
<b>Conclusiones.....</b>	<b>46</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>50</b>

## INTRODUCCIÓN

Suele decirse que la capacidad del lenguaje es uno de los principales aspectos que diferencia a los seres humanos del resto de los seres vivos. Los animales, al igual que los humanos, se comunican, pero sus sistemas difieren en cuanto a la forma y al contenido. Los sistemas de comunicación animal pueden estar muy desarrollados, como ocurre con el de las abejas; sin embargo, suelen estar restringidos a necesidades básicas, como comida, apareamiento, o señales de peligro por posibles depredadores. En cambio, los sistemas de comunicación humanos permiten emitir mensajes de otra índole, como pensamientos, o incluso mensajes referidos a elementos que no están presentes en la realidad, es decir, va más allá de las necesidades básicas.

Por otra parte el lenguaje se caracteriza por su enorme variedad, hay miles de lenguas en el mundo, y dentro de ellas hay una serie de variedades internas. No ocurre lo mismo con la comunicación animal debido a que los sistemas son muy rígidos.

La diversidad lingüística ha provocado que surgieran numerosas críticas y opiniones en torno al lenguaje. En cuanto a la variación interlingüística, se ha considerado que unas lenguas son mejores que otras, o más desarrolladas: “if claims about the superiority of one language to another are not amenable to rigorous proof, then neither can we prove that one language is *equal* to another. In a scientific academic context, this latter proposition is best viewed as a statement of the *null hypothesis* (Milroy y Milroy 1985: 15).

Por otro lado, en cuanto a la variación intralingüística, la que interesa en este Trabajo de Fin de Grado (en adelante, TFG), también está impregnada de prejuicios en la sociedad, a pesar de que se ha demostrado que no tienen fundamento desde la óptica Lingüística. Los lingüistas tratan la variación interna de las lenguas desde una posición descriptiva, y defienden que ninguna variedad es mejor que otra: “cualquier dialecto (geográfico o, extendiendo el sentido de tal afirmación, también social) tiene el mismo valor desde criterios puramente lingüísticos que los demás” (Longa 2008: 174). Por otro lado, “toda variedad, por poco extendida que esté, puede ser la base de lo que un grupo puede considerar lengua normalizada o estandarizada. No existe ningún dialecto sobre la tierra que no tenga este potencial, lo hablen diez personas o diez mil” (Moreno Cabrera 2000: 53). Sin embargo, esta no es la idea que predomina en la sociedad, sino

que se suelen considerar mejores unas variedades que otras. Lo señalado deriva del prestigio que se le da al estándar, que provoca que las demás variedades queden por debajo. Esto surge porque “para promover la aceptación de un estándar que incorpora criterios de base axiológica y no exclusivamente funcional, su implantación suele acompañarse de una elaboración ideológica, de un aparato persuasivo que naturaliza la selección realizada y estigmatiza las formas desechadas” (Senz *et al.* 2011: 445) y ello “causa verdaderos estragos en las autoevaluaciones que los hablantes hacen de sus formas de expresión y en sus actitudes lingüísticas” (*ibid.*).

El estándar se caracteriza por tener un carácter prescriptivo, lo que implica las nociones de corrección e incorrección y de lo que se desprende el considerar unas variedades mejores que otras, según su cercanía con esta variedad tomada como superior, que suele considerarse lengua, al menos desde el punto de vista de Occidente. Esta variedad prestigiosa lleva a que sea contemplada como la única correcta, provocando que las demás queden situadas en un nivel inferior.

En relación a la lengua española, el prescriptivismo suele estar relacionado con la Real Academia Española. Sin embargo, el objetivo de este TFG es hacer un análisis ideológico crítico del modelo de lengua que propone el Instituto Cervantes, una institución mucho más reciente (1991), que busca promocionar y enseñar internacionalmente el español y difundir la cultura española e hispanoamericana. Para caracterizar la ideología lingüística que tiene esta institución se ha tomado como referencia el análisis de una de sus publicaciones más recientes, *El libro del español correcto* (Paredes García *et al.* 2012).

La elección de este tema se debe a que, aunque existen análisis ideológicos del modelo de lengua de la Real Academia Española (destacando especialmente Senz y Alberte eds. 2011, dado su carácter reciente y su extensión), no hay nada parecido, al menos que conozcamos, con respecto a la ideología del Instituto Cervantes. Así, este TFG, de manera muy modesta, trata de solventar esta carencia y ofrece uno de los primeros análisis de la ideología lingüística de esta institución. Es decir, este TFG trata de averiguar si el Instituto Cervantes considera que la variación interna de la lengua española es una riqueza que se debe promover o todo lo contrario, si la considera como algo negativo.

Siguiendo este objetivo, el TFG se estructura del siguiente modo: en el apartado 1 se presenta la posición prescriptiva sobre la lengua. Esto está estrechamente ligado

con la noción de estándar, de manera que se tratará de caracterizar esa variedad. El apartado termina analizando críticamente, mediante criterios ofrecidos por la Lingüística, la preponderancia del estándar. En el apartado 2 se presenta brevemente la institución, el Instituto Cervantes, su origen, su misión y sus funciones. El apartado 3 de este trabajo es el más extenso, y en él se ofrece un análisis crítico de la publicación citada anteriormente, *El libro del español correcto* (Paredes García *et al.* 2012), centrándose en cómo representa la variación interna al español. Finalmente, en el apartado 4 se exponen las principales conclusiones a las que se llega en este TFG.

## **APARTADO 1**

### **VARIACIÓN INTRALINGÜÍSTICA Y VARIEDAD ESTÁNDAR**

#### **1.1. La variación intralingüística**

Tal y como muestra la lingüística, en especial la Sociolingüística, las lenguas son entidades variables; esto es algo inherente a las lenguas, como señala Moreno Fernández (1998: 17): “la lengua es variable y se manifiesta de modo variable”. No todos los individuos que comparten una lengua la emplean de la misma forma en todas las situaciones, es decir, hay diferencias dentro de ella. Esto, como se podría llegar a pensar, no va en contra del concepto de lengua: se puede reconocer una lengua como tal aunque presente variación. Moreno Fernández (1998: 17) reconoce que “hay ocasiones en que el uso de un elemento en lugar de otro del mismo nivel no supone ningún tipo de alteración semántica: tanto si se usa uno como si se usa otro, se está diciendo lo mismo”. Así, toda lengua, en especial la hablada, la lengua natural, la que los hablantes emplean regularmente, presenta una serie de variaciones de diversa índole, que no alteran su condición de lengua.

La variación está determinada por diversos factores: el tiempo, el lugar, la clase social y el contexto o situación en el que se encuentran los hablantes. Esto da lugar a variedades temporales o sincrónicas, geográficas o sintópicas, sociales o sinstráticas, y situacionales o sinfásicas, respectivamente.

En primer lugar, la variación temporal o diacrónica supone que las lenguas tienen una historia, estando en continuo cambio, lo que provoca que el español de Alfonso X sea distinto al que empleamos hoy en día. Esta alteración suele ser relativamente rápida, tal y como señala Penny (2000: 20).

En segundo lugar, las lenguas también cambian en relación con el espacio, siendo a veces incluso difícil concretar dónde termina una y empieza otra distinta, es decir, los límites lingüísticos. Es importante destacar que, en realidad, aunque en ocasiones parece que los límites son naturales, suelen tratarse de fronteras políticas que en la mayoría de los casos poco tienen que ver con la realidad lingüística. Parece lógico, ya que es imposible que en un pueblo se hable una lengua y en el contiguo, a muy poca

distancia, se hable otra completamente distinta. De esto se podría deducir, entonces, que no hay límites lingüísticos espaciales, esto es lo que se conoce como *complejos o continuos dialectales* (Moreno Cabrera 2011: 189). Las variedades de las lenguas naturales difieren de modo gradual; al alejarse las diferencias se van haciendo cada vez mayores, sin embargo hay unidad natural entre ellas, no se trata de desunión, sino que es como una cadena de solidaridad lingüística. Por lo tanto, la diferenciación de dos lenguas no siempre es sencilla cuando están muy próximas, la mayoría de las veces es complicado determinar si se trata de una misma lengua o de dos distintas. Esto suele venir dado por un criterio más bien político o social, no tanto propiamente lingüístico. Se puede ver fácilmente con la lengua española, ya que según las zonas en las que se habla hay rasgos diferentes y estos cambian de forma gradual, no bruscamente. También cambia cuando se trata del español de las variedades hispanoamericanas, esto se aprecia claramente, sin embargo, a pesar de ello se sigue reconociendo que se trata de la misma lengua. Por lo tanto esto es lo que lleva a lo conocido como dialectos o variedades geográficas.

En tercer lugar, está la variación derivada del factor de grupo, la diastrática o social. En cuanto a esto es importante tener en cuenta lo que Lyons (1981: 20) denomina *ficción de la homogeneidad*. Se trata de la “creencia o la suposición de que todos los miembros de una misma comunidad lingüística hablan exactamente la misma lengua”. Es decir, desde este punto de vista, se ve la lengua como homogénea; en cambio, si se analiza más pormenorizadamente, se ve que esto no es real. Nadie habla una lengua como tal: se trata de una abstracción, una idealización, que es irrealizable. Todo el mundo habla mediante variedades lingüísticas distintas, cada uno la propia, cada uno tiene su propio idiolecto.

Los idiolectos van a formar parte de “comunidades de habla”, que son conjuntos más concretos que los de hablantes de una lengua (comunidad idiomática), o de una lengua en una región y momento determinados (comunidad lingüística). Estas comunidades de habla son conjuntos de hablantes que comparten una lengua y un conjunto de normas y valores sociolingüísticos que los identifica como grupo. Normalmente estos factores suelen estar relacionados con la edad, el sexo, la raza, la religión, la clase social, la profesión, etc. Sin embargo, cada uno de los hablantes que pertenezca a estos grupos tendrá su propio idiolecto que, por otra parte, sí será similar al del resto de los hablantes de su comunidad de habla, debido a que comparten más cosas



que la lengua. Así, lo esperable es que estas comunidades tengan una variedad propia, un dialecto tan válido como aquel considerado ‘lengua’: “linguistics believe that every región has its own standard variety” (Preston 1998: 140). Pero es importante tener en cuenta el hecho de que dos personas nunca van a hablar igual, cada una tendrá su propio idiolecto.

Por último, existe variación derivada del contexto o la situación comunicativa en la que se encuentran los hablantes. Una misma persona, además de tener su propio idiolecto, como se ha comentado anteriormente, también va a emplear distintas variedades de la lengua en función de la situación en la que se encuentre. No se habla de la misma forma en un contexto coloquial, con los amigos, que pronunciando una conferencia en una universidad.

Con todo esto se evidencia la variación lingüística de las lenguas naturales, es decir, no son estáticas, sino que cambian en función de muchas variables. En realidad estas variedades son las que hacen una lengua, ya que se debe tener en cuenta que el término *lengua* suele estar ligado a una idealización de un concepto: “el término lengua es una abstracción que sirve al especialista para aludir, sin perderse en rodeos técnicos, al hilo encadenado de rasgos comunes entre variedades lingüísticas que, a lo largo del espacio y el tiempo, permite reconocerlas como parte de un todo” (Senz *et al.* 2011: 479).

## **1.2. Descripción y prescripción**

La variación que se da en el interior de las lenguas tiene importancia dentro de la Lingüística, especialmente con el surgimiento de la Sociolingüística. Hoy en día los lingüistas mantienen una posición puramente descriptiva sobre las lenguas y esa variación, intralingüística, es decir, se centran en describir cómo se emplean realmente. Por lo tanto, tal y como recogen Milroy y Milroy (1985: 5), citando a Aitchison, “linguistics is descriptive, not prescriptive. A linguist is interested in what is said, not what he thinks ought to be said. He describes language in all its aspects, but does not prescribe rules of ‘correctness’”. Es decir, mediante el descriptivismo no se dan una serie de reglas o normas de corrección, sino que se describe la forma en la que se utilizan las lenguas.

En cambio, la prescripción se puede describir como la “imposition of norms of usage by authority” (Milroy y Milroy 1985: 2), es decir, no se basa en un análisis de la estructura de la lengua hablada, sino que suele estar basada en presiones culturales y políticas. Lo que determina esto es un tipo de etiquetas lingüísticas, una serie de normas, reglas prescriptivas, que vienen dadas por una ideología sobre el uso de la lengua, lo que se considera correcto y que se encuentra recogido en manuales.

Por lo tanto, mediante la descripción se muestra cómo es el lenguaje natural, mientras que la prescripción lo que hace es sistematizar un lenguaje en cierta medida artificial, que se debe aprender, nadie va a adquirir la lengua estándar como lengua materna, se adquiere en la escuela. El descriptivismo, por lo tanto, lo que hace es colocar al mismo nivel todas las variedades lingüísticas, no favorece a ninguna de ellas, pues simplemente las describe, define cómo se usan realmente. Es decir, tiene en cuenta que la idea de que unas variedades son mejores que otras no tiene sentido. Cualquier variedad lingüística tiene la misma validez para comunicar y expresar los pensamientos. La consideración de que una variedad es mejor o peor viene dada por factores extralingüísticos, a través del prescriptivismo, que no tiene sentido desde el punto de vista de la Lingüística.

Sin embargo, es muy complicado eliminar este prescriptivismo de la sociedad, ya que está muy arraigado. Suele tener una visión prescriptiva, que la lleva a valorar de forma distinta la variación lingüística según las variedades juzgadas, y se suele hablar de ‘hablar bien’ o ‘hablar mal’, aplicando en la misma medida las nociones de ‘correcto’ e ‘incorrecto’.

Bauer y Trudgill diferencian en su libro *Language myths* (1998) entre “bad grammar”, aquella que no aparece reflejada en las normas del estándar, formada por expresiones empleadas en la lengua habitual pero que no están prescritas, y “good grammar”, la que está mejor considerada, la variedad estándar. Esto está íntimamente ligado a las nociones de corrección (*good grammar*) e incorrección (*bad grammar*), pero no se debe perder de vista que estas vienen dadas por factores políticos y sociales, no puramente lingüísticos. Las nociones de ‘corrección’ e ‘incorrección’, en Lingüística suelen venir dadas por diferencias en las variedades y la presión que tienen los hablantes por “lo que se debe decir”, provocada por el prescriptivismo. Trudgill (1983: 205), considera que “‘correction’ of ‘mistakes’ is in reality the imposition of an alien dialect”, no sigue un criterio lingüístico y, sin embargo, da lugar a discriminación

lingüística y a dificultades educacionales, es decir, se llega a juzgar el estatus de los hablantes a través de las variedades de la lengua. De esta forma estas nociones provocan una desventaja social, no lingüística. A pesar de ello, se debe tener en cuenta que, como ya se ha dicho, las lenguas no son estáticas, varían a lo largo del tiempo, y muchos de los cambios que se producen en las mismas, en la variedad considerada más culta, vienen dados por elementos considerados en un principio ‘incorrectos’.

Por lo tanto, ¿sería correcto diferenciar entre ‘variedades malas’ y ‘variedades buenas’ o entre ‘hablar mal’ y ‘hablar bien’? Al menos lingüísticamente hablando no, “Linguists are not normally prepared to say that some forms of language are ‘good’ or ‘correct’ and that other forms are ‘bad’ or ‘incorrect’” (Trudgill 1983: 201). Esto es un prejuicio que no queda únicamente en el plano lingüístico: suele repercutir en la sociedad, debido a que al considerar inferiores unas variedades, los grupos que las emplean, que suelen ser de clases sociales más bajas, también se consideran inferiores y terminan por despreciar su variedad. Esto los lleva a una inseguridad lingüística y a tratar de adoptar la variedad que proponen los prescriptivistas, y que prácticamente nunca se puede conseguir emplear con total naturalidad. Esto suele provocar que se cree una variedad distinta entre esa variedad y la propia de estos grupos sociales. Por lo tanto, se puede ver que nunca podrán emplear una variedad lingüística mejor considerada dentro de la sociedad, siempre quedarán restos de su variedad propia, algo que no se debería ver como negativo.

El objetivo de la lengua es comunicarse y ninguna de sus variedades impedirá hacerlo por lo que ninguna de ellas se debería considerar ‘incorrecta’.

Como se ha podido ir intuyendo a lo largo de este apartado, el prescriptivismo está íntimamente ligado a la variedad prestigiosa, la estándar, de la que se hablará más detalladamente a continuación.

### **1.3. La variedad estándar**

Este subapartado tratará la noción de estándar, algo difícil de caracterizar, debido a que no es algo concreto, sino que es algo muy relativo.

Según Lewandowski (1982: 201), la variedad estándar se define como:

La lengua de intercambio de una comunidad lingüística, legitimada e institucionalizada históricamente, con carácter suprarregional, que está por encima de la(s) lengua(s)

coloquial(es) y los dialectos y es normalizada y transmitida de acuerdo con las normas del uso oral y escrito correcto. Al ser el medio de intercomprensión público más amplio y extendido, la lengua estándar se transmite en las escuelas y favorece el ascenso social; frente a los dialectos y sociolectos, el medio de comunicación más abstracto y de mayor extensión social.

Por lo tanto, se puede ver cómo la definición de estándar está ligada con el prescriptivismo, con aquello que se recoge en la norma. Es difícil separar el concepto de prescripción de los fenómenos de la estandarización y la normalización. Estos dos fenómenos son los que llevan a la lengua estándar a fijar unas convenciones como ‘correctas’, normas, dentro de una lengua, que serán las que se recojan en los manuales y las que se impongan desde un punto de vista social. Sin embargo, la estandarización es una ideología, es decir, la lengua estándar es más una idea que una realidad, debido a que parece algo casi irrealizable, al menos como lengua natural. Penny (2000: 295) refleja perfectamente en qué se basa uno de estos fenómenos:

Los procesos en los que consiste la normalización reflejan los diferentes grados de poder ejercidos por los distintos grupos sociales. Las variedades habladas por grupos política y económicamente poderosos son las únicas con probabilidad de ser seleccionadas como base de una lengua estándar. Asimismo, sólo tales grupos (o individuos) son capaces de imponer codificaciones particulares de la lengua y de asegurar que serán usadas en un número creciente de ámbitos. Del mismo modo, sólo los poderosos pueden promover la aceptación de la norma emergente, ya que únicamente ellos gozan de suficiente prestigio social como para provocar que otros grupos sigan sus preferencias lingüísticas.

Por lo tanto, el estándar es una variedad que tiene un carácter convencional, arbitrario, y que se toma como modelo. Tusón (1996: 92) escribe: “Tómese una porción de dialecto y añádasele un buen chorro de empuje histórico: la lengua está servida”. Es decir, la variedad que se convirtió en lo que se conoce como ‘lengua estándar’ o ‘lengua culta’, se suele identificar con la variedad de las clases acomodadas del lugar en el que estaba el poder en el momento en el que se instauró una lengua como lengua de estado, que pasaría a considerarse la variedad más alta. Sin embargo, a pesar de ser una variedad más que simplemente se ha visto favorecida a lo largo de la historia, trata de ser un ideal de lengua, despojado de cualquier localismo o dialectalismo, es decir, trata de ocultar su origen dialectal. Sin embargo, tal y como recoge Moreno Cabrera (2000: 51), citando a Garrido Medina, “lo que se suele llamar lengua es en realidad un dialecto, otro dialecto, que por hegemonía política más o menos aceptada culturalmente se presenta como único correcto, y se llama lengua”.

Así, el estándar se convierte en la variedad más prestigiosa de la lengua, la más alta. Surge con esta variedad el “mito de la lengua perfecta” (Moreno Cabrera 2011:

157), mediante el que se considera que la lengua coloquial espontánea es imperfecta y que es necesario purificarla, lo que se hace mediante la variedad estándar. Lo que se busca a través de esta variedad es una lengua ideal, perfecta, un modelo neutral y, en realidad, lo único que se hace es favorecer esta variedad dominante, lo que produce que el resto se consideren inferiores. La lengua estándar propone una falsa universalidad dando a entender que es una lengua común a todos. Sin embargo, se debe tener presente que esta idea de la lengua como entidad homogénea, estática, es completamente falsa, si solo se tuviera en cuenta esta variedad no se podría dar cuenta de su verdadera naturaleza, desarrollo y evaluación.

Este prestigio, la utilización de esta variedad como modelo de lengua, hace que sea la variedad que predomine en distintos ámbitos, como la educación, los medios de comunicación, la justicia, la administración, etc., lo que provoca que sea la más ‘visible’.

Se debe tener en cuenta también que el estándar no es una entidad homogénea, para Romaine (1994: 32) “el término «lengua» [entendido como estándar] se aplica a toda variedad que sea autónoma, e incluye las variedades heterónomas con respecto a ella”. Es decir, hay una variedad que se considera superior y que abarcará las demás variedades. Sin embargo esto se trata de un ideal, una abstracción de la realidad, es decir, la naturaleza de esta variedad es artificial. Son las academias las que crean el estándar, con una finalidad, buscan una lengua perfecta, sin variaciones, excepciones ni irregularidades, con carácter universal, que puedan describir y definir de forma inequívoca. Esto, por lo tanto, va en contra de la naturaleza de las lenguas, se suele determinar a partir de una variedad de una lengua natural que se fija y a la que se asocian propiedades artificiales. Los cambios que se producen en ella se tienen que aplicar específicamente y de forma consciente. Es evidente, por lo tanto, que nadie va a tener el estándar como lengua materna, sino que, al estar creada artificialmente, es necesario adquirirla y estudiarla.

Por otra parte, la lengua estándar suele estar estrechamente ligada a la escritura; esto se debe a que es mucho más fácil controlar la lengua escrita que la hablada. En un principio la escritura se consideraba como una transcripción del habla, pero en realidad no es así, no se plasma en el papel lo que se dice oralmente, suele escribirse una variedad prediseñada, la estándar. Se debe tener en cuenta que las lenguas naturales son

orales, no escritas, esta ligazón con la escritura refuerza el carácter artificial, “invención”, que tiene la variedad estándar.

El estándar, trata de funcionar como una *koiné*, una variedad que permite la intercomprensión entre las distintas variedades, para salvar las diferencias entre ellas. Con esto pretende dar una idea de generalidad, de que es común a los hablantes de una lengua, ya que homogeniza las distintas variedades de una lengua. Esto es útil en algunos casos, pero en la mayoría no es necesario recurrir a ella, hay intercomprensión entre los dialectos.

Es importante también la relación que tiene la variedad estándar con la noción de norma. Para la instauración de un estándar lo que se hace es crear una norma, que en realidad solo se puede mantener en la lengua escrita; la hablada está sujeta a una variación imposible de controlar y “con el tiempo las diferencias entre el estándar escrito y la lengua hablada pueden llegar a ser sustanciales. Las normas establecidas por gramáticas, diccionarios, etc., son más «prescriptivas» que «descriptivas»” (Romaine 1994: 109). Por lo tanto, esta variedad está sujeta al prescriptivismo, la noción de norma no se debe entender en el sentido sociolingüístico, como ‘lo normal’, ni coseriano, sino desde un punto de vista prescriptivo, como aquello que se debe seguir, modelo de corrección, en el que no aparece ningún tipo de localismo. Es decir, la base del estándar es la norma culta (Amorós Negre 2009: 56), debido al prestigio que ésta tiene en la sociedad.

De esta forma, la variedad estándar es aquella que se ha visto favorecida por factores políticos y sociales y se ha recogido en gramáticas y diccionarios como correcta, de manera que lo que se hace es prescribir una lengua, es decir, recoger en los manuales lo que se considera que se debe decir, las normas de esta variedad más alta, no lo que realmente se dice, lo que se haría mediante el descriptivismo. Esto provoca que ningún hablante se sienta identificado con esa variedad, ya que en ella se trata de borrar cualquier localismo o dialectalismo. Si se tiene en cuenta esto, cualquier variedad sería válida lingüísticamente para alcanzar el prestigio de lengua estándar, pues ninguna se considera mejor que otra: esta consideración viene dada por factores extralingüísticos.

Así, la variedad estándar está considerada en las gramáticas como lengua verdadera y legítima, la única que se puede describir gramaticalmente, se considera que las otras son variedades degeneradas y corruptas de ella. Sin embargo, se debería tratar de eliminar el prejuicio de que el estándar es mejor, más correcto o más lógico, ya que

todas las variedades son igual de eficaces y ninguna es mejor que otra, al menos desde el punto de vista de la lingüística. Todas las variedades podrían convertirse en estándar, todas son igualmente válidas, lingüísticamente hablando, y todas tienen la misma importancia. Idea que se desarrollará a continuación.

#### **1.4. Análisis crítico de la supuesta superioridad del estándar**

Como ya se ha dicho previamente, con el estándar surge el ‘mito de la lengua perfecta’, que está estrechamente relacionado con lo comentado también anteriormente, la ‘ficción de la homogeneidad’, tratada por Lyons (1981). En las sociedades occidentales esto está muy extendido, considerándose que la variedad estándar es superior a las demás, que es mejor.

Una de las consecuencias de esta concepción de la lengua estándar son las connotaciones negativas a las que suele quedar asociada la noción de dialecto. Al emplear este término, automáticamente se activa la oposición dialecto vs lengua (como variedad estándar), lo que provoca una cierta controversia. El dialecto suele considerarse como algo negativo, inferior a la lengua, incluso se suele asociar con la incorrección. Por esta razón, en muchas ocasiones se suele acudir al término ‘variedad’, que es más neutral, la idea de que una lengua está formada por distintas variedades suele estar aceptada por la sociedad y no da lugar a tantos malentendidos. Para los lingüistas esta controversia entre lengua y dialecto no tiene sentido; como recoge Moreno Cabrera (2000: 47), Saussure dice que “la lengua sólo conoce dialectos, ninguno de los cuales se impone a los demás y con ello está destinada a un funcionamiento indefinido”.

A pesar de todo esto, la noción de lengua, según la visión occidental, que considera que es aquella que funciona como oficial en un estado, suele tener un prestigio más alto que la de dialecto. Moreno Cabrera (2000: 49) señala lo siguiente: “Se le da habitualmente un sentido peyorativo a dialecto o variedad lingüística frente a lengua: lo primero se considera a veces más inculto, iletrado, variable, irregular, y lo segundo se considera culto, letrado, constante y regular”. Este mismo autor recoge (y discute) varios prejuicios que tienen que ver precisamente con esa contraposición (Moreno Cabrera 2000: 245-247):

La lengua estándar es mejor y más perfecta que otras variedades de lengua [...]

Los dialectos son más inestables, incultos y pobres que las lenguas [...]

La lengua estándar es mejor y más perfecta que otras variedades de lengua [...]

Esto proviene de la idea que se tiene de los conceptos de lengua y dialecto; ambos están formados, en realidad, por lo mismo, regularidades y rasgos comunes, y nunca se va a poder determinar un habla de forma concreta e inequívoca, siempre habrá variantes, excepciones. Sin embargo, se asocia la noción de dialecto con sistema irregular y asistemático, como una variedad lingüística vulgar, y lengua como sistema regular y sistemático, como variedad estándar culta. Como se anunciaba anteriormente, esto procede de un prejuicio lingüístico que hace que los hablantes no reconozcan que una competencia lingüística elevada no reside solamente en manejar perfectamente la variedad estándar, culta, sino también en emplear la lengua oral espontánea, natural. La capacidad para escoger la variedad adecuada en cada situación comunicativa es la verdadera muestra de una buena competencia lingüística.

Es muy habitual la asociación de lengua con lengua estándar, para la que se necesita además una lengua escrita, y conlleva algo que no tiene sentido, eliminar una característica de las lenguas naturales, la variación. Se debe tener en cuenta que hay muchas comunidades que sí tienen una lengua, se comunican; sin embargo solo tienen una lengua oral, lo natural del lenguaje humano. No por esto se debe considerar que son inferiores, “todas las lenguas son por igual formas de organización social y creación cultural de los grupos humanos y todas las lenguas permiten la creación estética” (Senz *et al.* 2011: 490). Se debe eliminar el prejuicio de que es necesaria una lengua escrita, codificada, para que una lengua sea considerada lengua de cultura.

Por otra parte está la eliminación de la variación en la lengua estándar, “a standard language is one which has minimal variation of form and maximal variation of function” (Milroy y Milroy 1985: 27). Esta viene dada por el prescriptivismo al que está asociada. El estándar, como ya se ha dicho anteriormente, se trata de una variedad concreta que se ha visto favorecida por determinados factores extralingüísticos. Una variedad que se toma como base para crear un registro elaborado, culto y escrito, ocultando su origen dialectal. Esto repercute en el resto de variedades, ya que se considera que la variedad estándar es “mejor” que las demás; aquellas que se acerquen más a ella serán mejores que las que están más alejadas, cuando en realidad todas son igualmente válidas, lingüísticamente hablando. Por lo tanto, como se puede ver, esta superioridad del estándar no se basa en criterios lingüísticos, sino sociales y políticos.



El caso del español no es distinto al de otras lenguas. El estándar castellano empieza en el siglo XIII, con Alfonso X y, por razones históricas, el lugar en el que se encontraba la corte, cuya variedad era considerada más prestigiosa en un momento determinado, se eligió el dialecto castellano como base para el estándar. Como se puede ver, esta elección no se hizo por ninguna razón lingüística sino social y política, por lo que no se puede considerar que esta variedad contenga aquello que tienen en común todas las variedades del español. A pesar de esto, esta variedad se fue extendiendo a lo largo de toda la península y al resto del mundo hispanohablante. Penny (2000), dice que la idea de los “dialectos del castellano” es falsa, que proviene del estándar, que condena y evita la variación a favor de la uniformidad lingüística. La variación siempre ha existido, es errónea la visión de la fragmentación de una lengua, en este caso el estándar español. “La evolución lingüística consiste en un cambio desde un estado de variación a otro estado de variación” (Penny 2000: 37).

Por lo tanto, la estandarización no es un fenómeno lingüístico, sino social, por lo que lingüísticamente hablando esta variedad, que se considera superior, no lo es. Sin embargo, como ya se ha comentado, esta es una idea que está muy arraigada en la sociedad y provoca no solo que se considere superior, sino, lo que esto conlleva, que las demás variedades queden por debajo. Una variedad lingüística es una señal de identidad; sin embargo, la imposición de esta variedad estándar es perjudicial, ya que ataca la identidad de cada individuo, llegando a provocar inseguridad.

En el caso del español, según Lara (2011), la unidad no viene dada por las normas lingüísticas, sino por el valor de la comunicación y la cultura hispánica común, que no es ni unilateral ni prescriptiva. Hoy en día la propia Academia dice que trata de conservar las tradiciones verbales y que sobre ellas crea lo que se denomina ‘normas implícitas’, que varían según la región. En realidad estas normas crean una ligera confusión y, tal y como escribe Lara (2011: 329), “la confusión a propósito de lo que son las normas hace suponer (y a la Academia le interesa, seguramente, que así sea) que hay una (errónea) «norma culta panhispánica» que fija ella, a la que deban subordinarse las (erróneas) «normas cultas» de las regiones y los países”. Por lo tanto, en realidad estas normas implícitas están sujetas a las normas prescriptivas fijadas por la institución, aunque no aparezca de esta forma en ninguna parte.

Lo que ocurre con la RAE se puede ver en muchas otras instituciones, en las que se emplean nociones tratadas en el primer apartado, como ‘correcto’ o ‘incorrecto’, o

‘hablar bien’ y ‘hablar mal’, sin tener en cuenta que no hay una variedad buena o mala, correcta o incorrecta, que se deben considerar todas igual de válidas; es más, esta variación genera riqueza en la lengua y permite respetar la identidad de cada uno de los grupos de hablantes.

### **1.5. Relativizar el estándar no significa atacarlo**

A pesar de todo lo presentado hasta aquí, no se debe olvidar que el estándar es una variedad más que, como tal, tiene usos en los que se considera apropiado utilizarla. Por lo tanto, también se debe considerar; simplemente se debe tener en cuenta el valor que se le da, es decir, no se debe sobrevalorar.

Así, el estándar no solo influye negativamente en las lenguas, sino que también tiene una serie de ventajas que se deben tener en cuenta.

En primer lugar, como ya se señaló antes, funciona como una *koiné*, que ayuda a salvar las diferencias entre las distintas variedades de una lengua, permitiendo que se dé la intercomprensión; es decir, sirve para comunicarse. En segundo lugar, permite homogeneizar el sistema en el ámbito educativo de un territorio, además de otros ámbitos como puede ser la prensa, la radio o la televisión, el estándar permite que la comunidad lingüística permanezca unida. En tercer lugar, otro factor importante del estándar, es su valor simbólico, ayuda a identificar a los miembros de una comunidad, aunque hablen variedades distintas. De esta forma luchan por la preservación y potenciación de sus lenguas comunitarias pero, sobre todo, cuando una lengua está amenazada por otra hegemónica, la variedad estándar permite que los hablantes luchen unidos, independientemente de sus variedades. La ausencia del estándar, dependiendo de la situación lingüística, puede poner en peligro la supervivencia de una lengua, siendo más fácil que sobreviva si hay un estándar reconocido como tal. Pero, tal y como señala Moreno Cabrera (2000: 60),

este empeño por el mantenimiento de la unidad de una lengua dominante con una amplia extensión geográfica no puede consistir en impedir y enmendar las variedades o dialectos de una lengua, pues tal tarea es manifiestamente imposible: sería ir contra la naturaleza misma de la lengua [...] lo que habría que potenciar es la dignificación de todas las variedades y la posibilidad de que puedan tener un espacio que asegure su desarrollo y supervivencia aun cuando exista una variedad que, de modo consensuado, se adopte como estándar.

A pesar de estas ventajas asociadas al estándar, éste no debe quedar por encima de las demás variedades.

En el apartado 3, se exponen cuáles son las visiones que tiene el Instituto Cervantes sobre el estándar y la variación intralingüística. Antes de ello, el apartado 2 hará una breve presentación del origen y funciones de este organismo.

## **APARTADO 2.**

### **EL INSTITUTO CERVANTES**

Como ya se ha anunciado, en este apartado se ofrecerá una descripción breve de las funciones del Instituto Cervantes, para contextualizar el objetivo central del TFG, el análisis de una de las publicaciones de esta institución. Los datos que aparecen en el apartado han sido tomados de la página web de la propia institución (citada como Instituto Cervantes 2014), excepto las alusiones a la Ley de su creación (citada como España 1991).

El Instituto Cervantes es una institución pública, sin ánimo de lucro, fundada en 1991 por el Gobierno de España, (“Ley 7/1991 de 21 de marzo, por la que se crea el Instituto Cervantes”). Sus órganos rectores están íntimamente ligados al gobierno, está adscrita al Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación. Los miembros de esta institución son S.M. el Rey (presidente de honor), el Presidente del Gobierno (presidencia ejecutiva), así como diferentes Ministros (Asuntos Exteriores y Cooperación, y Educación, Cultura y Deporte) y Secretarios de Estado (Cooperación Internacional y Cultura). Además, también están el Director de la Real Academia Española, el Secretario de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, el Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y finalmente el Director del Cervantes, puesto que ocupa hoy en día Víctor García de la Concha. También hay numerosos vocales, que representan diferentes ámbitos.

La finalidad del Instituto Cervantes es doble, tal como se refleja en el Artículo 3 de España (1991: 9067):

Son fines del Instituto Cervantes:

- a) Promover universalmente la enseñanza, el estudio y el uso del español y fomentar cuantas medidas y acciones contribuyan a la difusión y la mejora de la calidad de estas actividades.
- b) Contribuir a la difusión de la cultura en el exterior en coordinación con los demás órganos competentes de la Administración del Estado<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cabe destacar que España (1991) no aludía a la difusión del resto de lenguas del Estado, algo que ha sido corregido posteriormente, como se aprecia en Instituto Cervantes (2014): “El Instituto Cervantes es la institución pública creada por España en 1991 para la promoción y la enseñanza de la lengua española y de las lenguas cooficiales”.

Lo que busca es promocionar internacionalmente el español, esta es una de las razones por las que se crea el Instituto Cervantes; así, hace posible una presencia exterior considerada como un “objetivo estratégico de los países más avanzados” (España 1991: 9067). Un fragmento de España (1991: 9067) refleja más claramente eso que pretende:

La difusión del conocimiento de la lengua y la expansión e influencia de la cultura son instrumentos que permiten dar coherencia y sentido a la acción exterior del Estado, en especial de aquellos Estados de larga historia, lengua universal y vieja cultura [...] Los esfuerzos dedicados a su difusión y a la elevación de la calidad de ésta ayudan a perfilar y proyectar la imagen del país en el mundo, favorecen los intercambios, incluso los económicos y comerciales, y contribuyen a la construcción de un mundo basado en relaciones de comprensión y de conocimiento mutuos [...] el Instituto Cervantes asumirá como objetivo primordial la difusión del español, incardinándola en el marco general de la acción exterior del Estado.

Los objetivos y funciones de esta institución (Instituto Cervantes 2014) giran en torno a las dos finalidades señaladas arriba, estando entre ellos la organización de cursos de español y de las lenguas cooficiales de España, expedir los diplomas DELE (Diplomas de Español como Lengua extranjera), promover la actualización de los métodos de enseñanza de la lengua y la formación del profesorado, difundir la lengua española, apoyar el trabajo de los hispanistas y también organizar actividades de difusión cultural, entre otros.

Para ello, esta institución está presente a lo largo de los cinco continentes, y su presupuesto para el presente ejercicio (2014) es aportado, un 45,6% del total, por el Estado, y un 54,4% deriva de la autofinanciación, la cual por vez primera pasa del 50% del presupuesto global. Los ingresos de la autofinanciación derivan de las publicaciones que hace la institución, entre las que está el libro analizado en este TFG, *El libro del español correcto*. En el siguiente apartado se desarrolla ese análisis.

### APARTADO 3

#### ANÁLISIS DE *EL LIBRO DEL ESPAÑOL CORRECTO*

##### 3.1. Propósitos de la obra

A lo largo de la introducción de este libro (en adelante, IC) se va expresando la finalidad general del mismo. Según expone

En situaciones normales nos comunicamos sin problemas con las personas de nuestro entorno. Pero hay otras circunstancias que exigen mayor cuidado de la lengua, mayor atención, mayor precisión, y en ellas el saber intuitivo [de la lengua materna] puede no ser suficiente y quizá necesitemos conocer más posibilidades expresivas del lenguaje, dominar otros recursos comunicativos (IC: 17).

Aquí está apelando al grado de conocimiento de la lengua culta para esas “circunstancias que exigen mayor cuidado de la lengua”, no simplemente al hecho de comunicar. Sin este “cuidado”, “atención”, “precisión”, se podría transmitir igualmente un mensaje de forma exitosa. En relación a esto, exponen claramente dónde está la diferencia,

La lengua pone a disposición de los hablantes varias posibilidades que, sin embargo, no son consideradas iguales por la sociedad, sino que se prefieren unos comportamientos lingüísticos a otros. (IC: 18)

Es decir, la diferencia está en lo puramente social, queda patente que esta no es lingüística. Pero la consideración social no debería ser la importante, lingüísticamente hablando, sino que debería serlo la estrictamente gramatical. Y expone que,

una obra sobre corrección idiomática, como esta que el lector tiene en las manos, se ocupa precisamente de ese punto en el que divergen los usos sociales y los usos asentados en los tratados (IC: 19)

Con esto se muestra claramente que su principal objetivo son “los usos sociales”, cuando divergen de “los tratados”, las reglas establecidas por la norma culta. Aunque reconocen (IC: 19) que la norma es algo estático y anclado en un tiempo determinado y el uso de la lengua es algo dinámico, que evoluciona. Esto lleva a considerar que las normas se deben modificar a lo largo de los años, debe ir evolucionando la norma junto con la lengua. Sin embargo, esta obra considera que “la norma de hoy es la que es y es importante que el hablante la conozca, incluso en el caso de que decida no seguirla” (IC: 19).

Para establecer esa norma, la obra ha seguido los criterios que exponen las obras de referencia de lo que se considera ‘español estándar’, la ortografía, el diccionario y la

gramática de la Real Academia Española, basándose en documentación tanto hispanoamericana como española. Parece que la primera es más escasa que la segunda, al menos en lo que respecta al carácter normativo, ya que lo que suele predominar es la norma centralista, la que se basa en el español de España, sin tener en cuenta, al menos positivamente, las variedades hispanoamericanas. A lo largo de la obra estas aparecen censuradas en numerosas ocasiones, como se irá viendo a continuación en el análisis de la misma. Esto deriva de “la idea de un “castellano neutro”, [...] termina situando una variedad –en general la culta de las ciudades– en ese lugar sin comprender su propia condición relativa y arbitraria” (Agoff *et al.* 2013); es decir, se escoge una variedad, sin un motivo lingüístico, que desbanca a todas las demás, desfavoreciéndolas.

Sin embargo, a pesar de todo esto, el propósito de la obra:

No es el de censurar ninguna variedad lingüística y menos aún a los hablantes que la usan. La obra pretende tan solo proponer pautas y modelos que pueden seguir quienes estén interesados en conocer los usos más aceptados socialmente en español, que coinciden con el «registro culto» (IC: 22)

Aquí de nuevo se puede ver el carácter social y no lingüístico de la obra, “conocer los usos más aceptados socialmente”. Además, como ya se ha podido ir vislumbrando a lo largo de la exposición de su finalidad, que presenta en la introducción, y como se confirma en el cuerpo de la obra, de alguna forma sí condena a los hablantes que usan determinadas variedades. Entre otros aspectos, esto se puede ver mediante la afirmación que se hace tras esta declaración de intenciones, “la corrección no está reñida con el sentido del humor” (IC: 22). El hecho de que aparezcan chistes con lo que se considera *incorrecto* lleva, de alguna forma, a la burla de los hablantes que hacen ese uso de la lengua, por lo que tal vez no sea completamente acertado “intercalar entre sus páginas algunas pinceladas humorísticas” (IC: 22).

Tras la presentación de los propósitos de esta obra, a continuación se hará un análisis crítico del libro. El hecho de que el TFG esté limitado en extensión provoca que no se pueda hacer de manera exhaustiva, por lo que el análisis se centra en los aspectos más relevantes.

### **3.2. Gradación de los usos lingüísticos**

El primer indicio de la condena a determinados usos de la lengua es la escala propuesta para la gradación de los distintos “comportamientos lingüísticos” (IC: 18):

Agramatical	Incorrecto	No recomendado	Preferible	Correcto
-------------	------------	----------------	------------	----------

Si se observa esta escala desde el punto de vista estrictamente lingüístico solo tendría sentido el primer grado, la *agramaticalidad*, es el único en el que se usa un criterio gramatical, al menos aparentemente. Esto lo define así: “una palabra o una oración no se ajustan a las reglas de la gramática” (IC: 18), y lo relaciona con extranjeros que aprenden la lengua. Pero el problema no está en este grado, sino en los otros cuatro, en los que el criterio puramente lingüístico desaparece y se va hacia lo señalado antes: criterios sociales. Esto se puede apreciar en la explicación que hace de cada uno de los grados de esta escala. Se basa en la corrección, es decir, en aquello que se considera correcto o incorrecto. Esta noción de *corrección* no debería formar parte de los objetivos de discusión sobre la lengua, al menos para un lingüista. Tal y como dice Trudgill (1983:201), “Linguists are not normally prepared to say that some forms of language are ‘good’ or ‘correct’ and that other forms are ‘bad’ or ‘incorrect’”.

Lo que señala Trudgill consiste en que los lingüistas no deberían hacer juicios de valor sobre las distintas variedades de la lengua, y deben tener en cuenta que la dicotomía correcto/incorrecto está basada en factores sociales que pueden llevar a dificultades educacionales o incluso a la discriminación lingüística, lo que desembocaría en una desventaja social. Suelen estar mejor valoradas las variedades que corresponden a clases altas que las que se corresponden a clases bajas, pero esto no se debe a factores lingüísticos, sino que de nuevo son juicios sociales que dependen del estatus de los hablantes.

Por lo tanto no tiene sentido, lingüísticamente, lo que se hace en esta obra, la oposición entre lo correcto y lo incorrecto, lo que se acepta o no se acepta. En realidad debería aceptar todas las variedades y tener en cuenta que “‘correction’ of ‘mistakes’ is in reality the imposition of an alien dialect [el estándar]” (Trudgill 1983: 205), es decir, hay diferentes variedades de una lengua, todas igualmente válidas. Todos los cambios que se puedan hacer en esas variedades, por influencia de la lengua culta, mejor considerada, van a dar lugar a una variedad distinta que no identifica ni a los hablantes de la variedad original, ni a los de la variedad considerada culta. Sin embargo en este libro se puede ver esta dicotomía, incluso graduada, como se presenta a continuación.



Según IC, lo incorrecto supone “fenómenos que se consideran inaceptables prácticamente en cualquier circunstancia y deben ser sustituidos por otras formas. El ejemplo más evidente es el de los vulgarismos” (IC: 18). A lo largo de la obra tacha de “vulgares” muchos de los usos de la lengua que “la sociedad trata de evitar por considerarlos carentes de prestigio, bien por ser propios de grupos sociales de baja instrucción o marginales, bien por juzgarlos obsoletos” (IC: 18). Por lo tanto, se ve claramente que la consideración en este caso es únicamente social, no lingüística: se basa en el prestigio de los hablantes que emplean las variedades.

Afirma también que en ocasiones se consideran incorrectos los *dialectalismos* o los *coloquialismos* y otros usos particulares del lenguaje, aunque “no son propiamente incorrecciones, sino modos de expresión que tienen restringido su ámbito de uso [...] usos no aceptados en determinados contextos, pero no incorrectos” (IC: 18). A pesar de lo que reconoce aquí, a lo largo de la obra se contradice esta idea, ya que estos usos se ven condenados.

Entre la incorrección y lo considerado completamente correcto se diferencian dos grados más, *usos no recomendados*, que “están próximas a lo incorrecto” (IC: 19) y *usos preferibles* “se asimilan a las plenamente correctas” (IC: 19). De nuevo aquí se vuelve a ver que para determinar esta escala se sigue el criterio social ya que, según esta obra, “en ellos se sitúan las expresiones que admiten diversas variantes de lengua, todas ellas aceptables pero con diferente consideración social” (IC: 19). A través de esta afirmación queda patente cuál es realmente el criterio que sigue para diferenciar estos dos grados, no es ni gramatical ni lingüístico.

Por último está lo “correcto, lo que está bien y resulta válido para (casi) todas las circunstancias.” (IC: 19), y considera que esta es la “norma culta del español”, es decir, la que pertenece a una determinada escala social, “culta”. Sin embargo, afirma que “incluso lo correcto puede no ser lo más adecuado en determinados contextos” (IC: 19), es decir, parece que tiene en cuenta la adecuación al contexto: las distintas variedades se usan para adecuarse a situaciones comunicativas diferentes. Tras estas afirmaciones sobre la corrección, solo da un ejemplo de cuándo lo correcto puede ser inadecuado, pero parece que este no es el mejor ejemplo, ya que habla del uso de las formas incorrectas y vulgares como un modo que tienen los escritores para caracterizar a sus personajes, de clases bajas. Esta ejemplificación es una constante a lo largo de toda la obra. Muestra que, según esta obra, el uso de las variedades que no son correctas dejan

en evidencia a aquellas personas que las emplean. Tal vez sería más acertado un ejemplo de la vida real en el que la variedad más culta no sea la más adecuada, como una conversación informal entre amigos, o incluso un ejemplo en el que la variedad coloquial sea la adecuada, ya que esto mostraría la verdadera aceptación de la misma. El ejemplo usado deja por debajo las variedades que no son la variedad estándar (culto) del español.

Esto mismo se puede observar al analizar los símbolos que emplea esta obra al enunciar los ejemplos o dar algunas de las formas de uso (IC: 21-22).

*	Expresión agramatical
⊗	Uso incorrecto
⊖	Uso no recomendado
⊕	Uso preferible
✓	Uso correcto

Por lo general el símbolo que aparece como “Expresión agramatical” se emplea para usos que se consideran incorrectos, no siempre son propiamente agramaticales. Las demás se emplean para lo mismo que la escala explicada previamente, el diferente grado de corrección que considera que tienen los usos de la lengua.

Así, lo que se hace en esta obra es diferenciar, mediante una escala gradual, desde lo que se considera socialmente aceptable, siendo esto lo correcto, hacia lo que se considera inaceptable, pasando por los usos preferibles y los no recomendados. Dentro de los que son inaceptables, incorrectos, incluye los vulgarismos y, de alguna forma, los dialectalismos y los coloquialismos, situados entre este grado y el no recomendado, lo que no permite ver dónde está el límite para diferenciarlos. Finalmente, está lo que se considera agramatical, esto sí, lingüísticamente incorrecto, que no forma parte de las opciones de la lengua. Como se puede apreciar a lo largo de la obra, los criterios que emplea para diferenciar los grados de estas escalas, no son objetivos, ni lingüísticos, lo que dificulta ver la frontera entre cada uno de los grados. Uno de los que emplea es la frecuencia de uso, este sí podría ser observable, pero, como se comprobará más adelante, en el fondo tiene cierto carácter social.

### 3.3. La frecuencia de uso

En relación a la aceptación del empleo de un comportamiento lingüístico, esta obra expone que la “frecuencia de uso” también es un criterio para determinar la norma, al menos de una comunidad determinada, dando a entender que “suele considerarse más normativo lo frecuente que lo infrecuente o lo raro.” (IC: 19). En cambio, como se mostrará a continuación, esto es cuestionable: IC no se basa en la frecuencia de uso propiamente dicha, sino más bien en quién se produce esa frecuencia. Se vuelve a estar de nuevo ante una consideración social, que lingüísticamente no es objetiva.

Se dan varios casos diferentes en relación a la frecuencia. En algunos, efectivamente, lo frecuente es admitido. Como ocurre en el caso de *rehilamiento*, “es una pronunciación generalizada y, por tanto, admitida.” (IC: 103) Aquí no se refiere a si los hablantes que lo emplean son cultos o no, simplemente se ciñe a la frecuencia. Otro caso es el de la ausencia de artículo en oraciones con el verbo *jugar*, la cual “la *NGLE* considera aceptable, dada su difusión en el español americano” (IC: 231).

Lo mismo ocurre con las construcciones de *que* galicado, “están muy difundidos en español, sobre todo en el americano, por lo que se consideran aceptables” (IC: 255).

En otras ocasiones, se contradice en cuanto a la frecuencia, usos extendidos no están recomendados:

A pesar de estar muy extendido, el empleo de este indefinido [*cierto*] con los también indefinidos *un*, *una* se considera redundante, por lo que no se recomienda su uso. (IC: 245).

Lo mismo ocurre (lo frecuente no se acepta) en los casos en los que un fenómeno es habitual en la clase popular, no en la culta. Esto aparece muchas veces a lo largo de toda la obra, ofreciéndose aquí algunos ejemplos.

En algunas zonas de Andalucía los hablantes no distinguen entre [s] y [z] [...] Se trata de un rasgo dialectal que suele carecer de prestigio social incluso en las áreas en las que se produce. (IC: 100)

A pesar de ser un rasgo extendido y característico de una zona determinada, se considera incorrecto, incluso desprestigiado.

Tanto el *DPD* como la *NGLE* consideran que el uso de los posesivos como complemento de algunos adverbios como *delante*, *detrás*, *encima*, *debajo*, *cerca*, *lejos*, etc., no corresponde a la lengua culta actual, a pesar de que está extendiéndose en la lengua coloquial. Por tanto, desaconseja usar *\*cerca mío*, *\*enfrente suyo*, *\*detrás nuestro* y similares, y más aún la posposición de las formas de femenino, como *\*cerca mía*, *\*enfrente suya*, *\*detrás nuestra*. En estos casos el uso recomendado es sustituir el

posesivo por la preposición de más el pronombre personal correspondiente (*cerca de mí, enfrente de ellos, detrás de nosotras*). (IC: 233)

En este caso parece que deja abierta la puerta a que en algún momento sea reconocido en la lengua culta, pero por ahora no lo está, y se recomiendan otros usos.

Para el significado de ‘pasar a poseer algo’, [en *quedar(se)*] está muy extendida en el habla coloquial la sustitución del complemento por un pronombre sin preposición. Este uso no es aún aconsejable en el lenguaje cuidado. (IC: 289)

A pesar de estar muy extendido este uso, todavía no se recomienda en el “lenguaje cuidado”.

Es un vulgarismo añadir –s en la terminación de la 2.<sup>a</sup> persona del pretérito indefinido. A pesar de su generalización en la lengua hablada, es un uso que debe evitarse y, por supuesto, no debe aparecer en la lengua escrita. (IC: 269)

Parece que en este caso “lengua hablada” se refiere a coloquial, ya que es algo que se debe evitar, que no es correcto, a pesar de su generalización.

En la pronunciación de esta palabra [pues] no es aceptable ni reducir el diptongo, \**pos*, forma habitual en el lenguaje coloquial menos cuidado, ni debilitar las vocales hasta eliminarlas, \**ps*, variante esta que se da en algunas zonas de Hispanoamérica. (IC: 340)

En este caso aparece de nuevo el “lenguaje coloquial” aquí incluso como “menos cuidado”, es una forma habitual pero “no es aceptable”. Una variante de esta misma palabra se da en zonas de Hispanoamérica, pero tampoco se dice que se acepte en esa variedad, es decir, a pesar de que haya zonas concretas en las que lo más frecuente difiere de la norma culta estándar, no se acepta, de nuevo la frecuencia no vuelve a estar empleada como se dice al inicio del libro. Se dan más casos como este:

Salvo en las enumeraciones [*demás*], no se admite su uso sin artículo, aunque es uso generalizado en el español del Caribe. (IC: 247)

En combinación con el cuantificador *más* [*nada, nadie, nunca*], se recomienda la posposición, a pesar de que la anteposición (*más nada, más nadie, más nunca*) está muy extendida en áreas de España y América. (IC: 247)

No se admite en la lengua culta la concordancia de *haber* con el complemento directo, a pesar de que se trata de un uso muy generalizado en América y en varias regiones españolas y, al parecer, en aumento. (IC: 283)

No pertenece a la lengua culta la construcción \**donde que*, usada en la lengua popular de algunas zonas americanas, especialmente las áreas andinas, a veces con valor consecutivo o ilativo. (IC: 307)

Se desaconsejan, por tanto, las construcciones *más nada, más nadie, más nunca*, que sin embargo están muy extendidas en Canarias, Andalucía y el Caribe. (IC: 308)

Aunque todos estos casos son variantes extendidas en distintas zonas, no están aceptadas por la “norma culta”, por lo que IC considera que los hablantes de esas zonas no “hablan bien”.

A pesar de esto, hay ciertos dialectalismos que sí están reconocidos en las normas cultas de las zonas en las que se emplean, mientras que en el resto del territorio en el que se habla español no están bien considerados. Por ejemplo:

[*entre más, entre menos*] Con el valor de ‘cuanto más’, ‘cuanto menos’ solo tienen vigor en la norma culta de México y el área centroamericana; en el resto del español se consideran coloquialismos o vulgarismos. (IC: 337)

En muchas partes de América, sobre todo en la región del Río de la Plata y en Centroamérica, en todos los niveles de la lengua, incluido el nivel culto, se emplea el pronombre *vos* para referirse al interlocutor, es decir, donde el resto del español usa *tú*. Este fenómeno se denomina «voseo». (IC: 257)

Es vulgar el empleo de *entre* por *cuanto*, excepto en México y los países centroamericanos, donde este uso se extiende en todos los niveles. (IC: 325)

Por otro lado, en cuanto a la frecuencia, en numerosas ocasiones se puede observar cómo aquello que es frecuente en la clase culta es aceptado. Es decir, se ve cómo el prestigio social vuelve a ser la base para considerar algo como correcto o incorrecto.

Seseo. Es un rasgo totalmente admitido en la lengua culta de las áreas seseantes. En posición final de sílaba, la *-s* se realiza de varias maneras según la zona geográfica. Junto a las regiones que la conservan como un sonido silbante hay áreas en las que esta consonante se pronuncia como una leve aspiración, tanto las que están al final de la palabra como las que están en el interior. Esta pronunciación se encuentra habitualmente también entre las personas más instruidas, por lo que se considera correcta. (IC: 102)

Este rasgo, este tipo de seseo, aparece en la lengua culta, por lo que no se condena; en otras palabras, como los “hablantes instruidos” lo emplean, no está considerado incorrecto, o vulgar.

Como se aprecia claramente en los tres ejemplos siguientes, el hecho de que algo aparezca en la “norma culta”, o en los hablantes cultos, hace que no esté condenado, que esté plenamente aceptado.

Se denomina *leísmo* el empleo de *le, les* en función de complemento directo, en lugar de *lo(s)* y *la(s)*. De los tres fenómenos estudiados aquí, es el de mayor difusión y el que presenta más casuística, pues está muy extendido en la lengua culta en ciertos casos. (IC: 262)

El voseo consiste en el empleo de *vos* con formas específicas del verbo y es un uso plenamente aceptado en la norma culta de los lugares en que se practica. (IC: 264)

[*jugar*] Quizá por influencia del inglés, en la norma culta de la mayor parte de los países hispanoamericanos se admite el uso del complemento directo sin preposición ni artículo cuando el nombre es el de un deporte: *Jugaremos tenis; Jugamos fútbol*. (IC: 287)

En el caso siguiente no se ve simplemente que algo que “incluso llega al habla de las personas cultas” está aceptado, sino que se vislumbra la otra cara de la moneda: el

“dequeísmo” se considera más vulgar; ¿por no estar extendido entre las personas cultas ya no sirve?

Está más extendido el queísmo, que llega incluso al habla de las personas cultas, mientras que el dequeísmo se considera más vulgar. (IC: 329)

En el ejemplo siguiente, de nuevo “el arraigo en la lengua culta” lleva a aceptar el uso; sin embargo aconseja que se empleen otros verbos. ¿Hay un doble rasero en este libro? Probablemente si los que lo empleasen no perteneciesen a las clases altas, o de mayor prestigio, estaría completamente condenado, no se aceptaría el uso.

[*jugar un papel*] Se considera calco del francés (*jouer un rôle*) o del inglés (*play a role*). Está aceptado por su arraigo en la lengua culta, aunque se aconseja emplear otros verbos, como *desempeñar*, *hacer* o *representar*. (IC: 383)

Sin embargo, esta situación en algún momento puede cambiar, es decir, hay usos que recoge el libro que son frecuentes en la clase culta pero no son aceptados. A pesar de ello no son muy abundantes estos ejemplos, solo se recoge este hecho en un par de casos.

A pesar de que en Castilla está relativamente extendido incluso entre hablantes cultos, no es aceptable en ningún caso en la lengua escrita ni el laísmo de personas ni el de cosas. (IC: 263)

Es incorrecta la reducción fónica \**alante*, que en la lengua hablada coloquial puede oírse incluso entre hablantes cultos. (IC: 299)

A continuación se presentan dos casos especialmente llamativos, en primer lugar el que recoge un uso que no es frecuente en la clase culta, pero sí es aceptado, o empieza a serlo, a pesar de que “parece no consolidado aún en la lengua culta”.

[*aflorar*] No se aceptaba el empleo de este verbo con sujeto animado y con el valor causativo de ‘hacer salir’, un uso reciente que parece no consolidado aún en la lengua culta. No obstante, este valor se recoge ya en el avance de la nueva edición del *DRAE*. (IC: 275)

Es llamativo porque difiere del resto, en cambio, se debería tener presente que esto debería ser lo normal si se tiene en cuenta este factor, la frecuencia de uso. No parece lógico que solo sea importante lo que dicen los hablantes más cultos, sino que en general, los usos más extendidos deberían estar aceptados, sin importar quién los utiliza. Esto tendría que ser así si se ve desde una perspectiva estrictamente lingüística, pero, como se ha ido comprobando, este libro tiene una marcada perspectiva extralingüística.

Por último, con lo que queda claramente marcada la contradicción en la que cae esta obra, se citan algunas formas que no son frecuentes, pero sí aceptadas. En un

principio el libro señalaba que se basaría en la frecuencia, que la frecuencia de uso debería ser lo importante. Pero aquí admite lo no frecuente.

Las formas del multiplicativo acabadas en *-plo* admiten la variación de género: *duplo*, *dupla*, *décuplo* y *decupla*, *céntuplo* y *céntupla*. Aunque son formas admitidas, no son de uso frecuente. (IC: 243)

### 3.4. La norma

Se puede deducir de todo lo dicho anteriormente que esta obra tiene un carácter prescriptivo, basándose en la norma culta, no la norma en el sentido de Coseriu, lo que es normal en la comunicación lingüística habitual. Por lo tanto no informa del uso del español, de cómo es, sino que informa y prescribe sobre la norma culta que proponen las obras de referencia citadas anteriormente.

La norma, pues, es una especie de acuerdo implícito entre los hablantes de una comunidad acerca de cómo deben considerarse los hechos lingüísticos y este acuerdo se traduce en que se prefieren unos usos frente a otros.

La norma se crea dentro de una comunidad de habla, concepto este que no coincide con el de localidad o ciudad. (IC: 145)

A pesar de lo que se dice aquí, ¿son realmente los hablantes los que crean la norma, o son las instituciones que tienen un cierto prestigio? Está claro que la norma no viene dada por los hablantes, al menos no por todos los hablantes, ya que lo que se aleja de la lengua culta, de las clases altas, suele condenarse y rechazarse. Así, el hecho de que los hablantes hacen la norma es algo utópico. Si así fuera, habría más igualdad lingüística, ya que no estaría impuesta la norma culta de la manera que se encuentra. Lo que propone la obra, escondiendo el prescriptivismo que la impregna, provoca que, en un principio, se crea que recoge todos los posibles usos de la lengua, habituales, el uso real, sin ceñirse a ninguna variedad concreta.

Sin embargo, en la misma página toda esta idealización se pierde, empieza a aludir a las “normas cultas regionales”, y también a la “norma culta supranacional”. En cambio, afirma luego:

Esta norma, que se constituye en modelo de validez general, recibe a veces el nombre de español estándar y esencialmente se identifica con la lengua que se enseña en los centros educativos, la que usan los hablantes de instrucción más elevada, como los abogados, los médicos, los periodistas o los profesores, y los buenos usos que aparecen en los medios de comunicación. Este modo de hablar constituye la norma culta del español. (IC: 145-146)

Esta cita evidencia la base de la “norma culta del español”: una variedad concreta, empleada por las clases altas y que tiene prestigio. Además, el hecho de hablar de “español estándar”, en la mayor parte de las ocasiones abarca simplemente el español peninsular, no la totalidad de la lengua castellana, no suele ser lo que denomina aquí “norma culta supranacional”. Esto, en cambio, es comprensible, pues es imposible crear una norma que abarque la totalidad del español, pero eso no debería ser algo negativo, es lo normal. Sin embargo, en este caso sí lo es, deja en evidencia las variedades que se alejan del estándar. Una obra de este tipo debería hablar de lo normal, la norma en el sentido de Coseriu, en el español, no ceñirse simplemente a la lengua culta española.

Este carácter prescriptivo se aprecia a lo largo de la obra. Continuamente alude a lo que pertenece o no a la lengua culta, aceptando lo que sí y rechazando lo que no. Además en algún momento lo expone más explícitamente: “La norma prescribe realizar la contracción del artículo cuando lo preceden las preposiciones *a* y *de*” (IC: 229). Aquí se marca claramente el carácter prescriptivo, presentado en la indicación de uno de los usos normativos.

### **3.5. La comunicación**

El capítulo 2 de IC, titulado “Hablar correctamente”, afirma que “las personas que son capaces de hablar bien están en mejores condiciones de ejercer esa función social [comunicarse] con éxito” (IC: 91). A través de esta afirmación se puede observar cómo el libro está juzgando a las personas, frente a lo que sostenía en la introducción, donde señalaba que no trataba de censurar variedades ni a los hablantes de estas. Pero la función social de comunicarse puede establecerse entre dos personas que no sepan nada sobre la lengua culta con el mismo éxito que entre dos personas que sí la conozcan y la empleen. Es absurdo pensar que es necesario emplear una norma culta (“hablar bien”) para comunicarse, pues se puede hacer sin ella. Cualquier persona, con cualquier variedad lingüística, puede “saber comunicar aquello que se desea transmitir” (IC: 91), pero en esta obra se relaciona únicamente con el “hablar bien”, afirmando que así el intercambio comunicativo es más eficaz (IC: 91).

Se debería tener en cuenta que la eficacia de una conversación recae en el nivel de entendimiento que pueda haber entre dos personas, por lo que sería igual de ineficaz el hecho de hablar con la norma culta con alguien que no la conoce como al contrario.



Si dos personas se pueden entender hablando, la variedad que usen es indiferente; la finalidad es comunicarse, lo hagan como lo hagan. Por lo que no tiene sentido considerar que “Una comunicación oral eficaz supone, de forma específica, prestar atención a lo que decimos, a la forma en que construimos los enunciados y a la calidad de la pronunciación de los sonidos que emitimos (lenguaje verbal).” (IC: 92), sino que lo importante es adecuarse al contexto comunicativo.

### **3.6. Pronunciación**

Por otra parte, como se puede deducir de la última cita del apartado anterior, esta obra da importancia a la pronunciación: “pronunciar correctamente las palabras es requisito imprescindible para poder comunicarnos” (IC: 93), ¿acaso un niño cuando empieza a hablar, o aquellas personas que tienen problemas en la fonación, o quienes pronuncian ‘incorrectamente’ según las premisas prescriptivas no pueden comunicarse?, ¿es la pronunciación la clave de la comunicación? Este tal vez sea un factor importante, que en algunas ocasiones, si no se realiza según lo establecido, puede llevar a confusiones, pero no es “requisito imprescindible” para la comunicación. Por lo tanto, podría ser algo útil para “mejorar nuestra capacidad comunicativa” (IC: 93), pero no es ni el factor más importante ni es “indispensable [para] que seamos capaces de lograr una pronunciación clara y correcta de los sonidos para que el mensaje llegue con nitidez a nuestro interlocutor” (IC: 93).

Sin embargo, más adelante, la propia obra se contradice con respecto a esto.

Un modo de pronunciar no puede ser considerado incorrecto o vulgar simplemente por ser de una región determinada. Ni tampoco existe ningún país ni ninguna región en donde se hable mejor español que en el resto. Esta es una falsa idea que se debe desterrar por completo. (IC: 94)

A pesar de reconocer esto, habla de “pronunciar correctamente”; ¿cuál es la pronunciación correcta? En realidad, a pesar de decir que ningún modo de pronunciar se puede considerar incorrecto o vulgar, sí reconoce que hay uno correcto. Esta idea de corrección lleva, de una u otra forma, a considerar que las variedades que se alejan de la “correcta” no son válidas, por lo tanto son incorrectas o vulgares. De hecho reconoce:

Son precisamente esos hablantes cuya habla se toma como modelo los que crean la norma de pronunciación de cada zona. El prototipo de persona cuya habla se considera digna de imitación suele coincidir con quienes están más formados. (IC: 94)

Es decir, hay una norma de pronunciación que lleva a considerar que las que son diferentes a esa son incorrectas. Y también reconoce que “las diferencias dialectales que se producen entre los hablantes de español de bajos niveles de formación prácticamente desaparecen entre los hablantes cultos” (IC: 95). Esta última afirmación da a entender que se comunican más fácilmente los hablantes cultos que los de bajo nivel de formación, lo que lleva a considerar peor a estos últimos. De nuevo se está frente a una desvalorización de los hablantes de ciertas variedades.

Sin embargo, estas desvalorizaciones de los hablantes no son tan claras como algunas otras que aparecen a lo largo de la obra.

### 3.7. Desvalorizaciones de los hablantes

Hay tres casos de clara desvalorización de los hablantes, que se presentan a continuación. El primero se produce al definir la “ultracorrección”:

Consiste en la deformación de una palabra correcta por considerarla una forma errónea. Suelen cometerla los hablantes que, inseguros de la norma culta, la aplican a palabras que no deben cuando quieren imitar una pronunciación o forma que consideran más culta. (IC: 110)

Por lo tanto, ¿quiénes son los que hacen las ultracorrecciones?: la gente que desconoce la lengua culta y que trata de imitarla. Al no lograr emplearla correctamente esa gente queda en evidencia, al igual que si no la emplease. Por lo tanto, de alguna forma esto es una condena a los hablantes que emplean ciertas variedades, con esta afirmación parece que trata de tachar de ignorantes a aquellos que cometen estas incorrecciones, aunque no lo hace tan directamente. Este, por ejemplo, sería el caso de “sustituir *olor* por *loor* en esta expresión y otras similares: en *\*loor de multitudes*, en *\*loor de santidad*, etc.” (IC: 386)

Otro caso clarísimo de condena social es este:

Carecen de prestigio las formas del femenino *\*cuala*, *cualas* y, más aún, el neutro *\*cualo* o *\*lo cuállo*. Hay que evitar estas formas vulgares, que marcan a quien las utiliza (IC: 252)

La expresión “marcan a quienes las utiliza” es una clara denigración social, es decir, deja en evidencia a esas personas debido a que no saben emplear la lengua correctamente, según el criterio que sigue esta obra (en realidad lo que no emplean es la norma culta). Por lo tanto está censurando a los hablantes que adoptan ciertos usos

lingüísticos, es evidente que se contradice con que “el propósito de la obra no es el de censurar ninguna variedad lingüística y menos aún a los hablantes que la usan” (IC: 22).

Pero esto no termina aquí:

suelen resultar muy jocosas las impropiedades que resultan de confundir dos términos que más o menos se parecen en la pronunciación, pero que no tienen nada que ver en el significado. Se conocen con el nombre de *malapropismos* (IC: 400).

Con el empleo de la palabra “jocoso” parece que se está refiriendo a que esas impropiedades suelen ser motivo de risa. El hecho de que alguien se ría de un empleo ‘incorrecto’ de la lengua hace que los hablantes que se equivocan se sientan avergonzados de su forma de hablar, lo que los deja en una situación inferior, por lo que ningún “error” en la lengua debería ser motivo de risa o jocosidad.

Estos son los casos más claros mediante los cuales el libro deja en evidencia a aquellos cuyo empleo de la lengua dista de la norma culta, aunque a lo largo de toda la obra se observan otros indicios al respecto.

### 3.8. Escritores y variedades

Los casos anteriores no son los únicos mediante los cuales se desvaloriza a los hablantes. Hay otros, como las alusiones a los usos lingüísticos que emplean algunos escritores para caracterizar a sus personajes.

Los usos que no se admiten, tanto los extendidos como los que no, en muchos casos aparecen ejemplificados en este libro mediante casos extraídos de novelas o de libros de algunos escritores, tanto españoles como hispanoamericanos. Se dice que los escritores los utilizan como rasgos de estilo, sobre todo para caracterizar a algunos de los personajes, como se puede ver en los casos siguientes.

No pertenecen a la norma culta las expresiones *\*lo cual que*, *\*el cual que*, *\*la cual que*, se usan sin antecedente y con valor consecutivo. Este tipo de expresiones corresponde a estilos de lengua coloquial o familiar, a pesar de que algún autor las haya utilizado como rasgo de estilo. Debe usarse como sustituto una expresión consecutiva: *así que*, *por lo que*, *por lo tanto*, etc. (IC: 251-252)

Es incorrecta la reducción fónica *\*alante*, que en la lengua hablada coloquial puede oírse incluso entre hablantes cultos. Asimismo, es incorrecta la contracción de la preposición y el adverbio *\*palante* (correcto: *para delante*). Estas formas a menudo son usadas por los escritores para caracterizar el habla de sus personajes populares. (IC: 299)

[*así*] Son vulgares las alteraciones fónicas del adverbio: \**asín*, \**asina*, \**ansina*, \**ansín*, \**ansí*. El siguiente ejemplo muestra cómo usa este recurso el autor para caracterizar a sus personajes. (IC: 304)

También son vulgares las deformaciones fónicas \**contrimás*, \**contimás*, \**cuantimás*. De ellas se valen los escritores cuando quieren imitar los rasgos de los personajes menos instruidos. (IC: 306)

Es vulgar la reducción fónica \**onde*, como refleja el siguiente autor en el habla de un personaje popular. (IC: 307)

[*todavía*] Las modificaciones fónicas \**entodavía*, \**entavía*, \**toavía*, \**tuavía*, son vulgares y pertenecen solo a las hablas menos instruidas. Así lo reflejan los escritores. (IC: 311)

[*o sea*] No pertenece a la lengua culta la variante \**o séase* y menos aceptable aún es la forma \**u séase*. Tampoco es admisible la reducción fónica \**osá*. Pueden verse estas expresiones en textos de escritores y escritoras como rasgo de la lengua oral de sus personajes populares. (IC: 339)

Lo importante aquí no es que los escritores lo empleen como rasgo de estilo, es más, es lo normal a la hora de escribir una novela. Lo que verdaderamente es preocupante en este sentido es el hecho de que la forma de expresarlo en esta obra hace que las personas se vean reflejadas en estas formas de hablar y, por lo tanto, se vean tildadas de la misma forma que esos personajes. Aquí habla de “personajes populares”, “habla coloquial o familiar”, “personajes menos instruidos” o de la “vulgaridad” mediante la utilización de ciertas expresiones. El hecho de que los personajes estén caracterizados de esta forma no tiene ningún problema social, forman parte de una novela. Sin embargo, el hecho de que se empleen estos ejemplos para dar muestra de cómo se habla en la vida real, sí tiene importancia socialmente. Los hablantes se ven reflejados en esos personajes que se están caracterizando de las formas citadas anteriormente, lo que los puede llevar a acomplejarse, a avergonzarse de su forma de hablar.

### 3.9. Términos empleados

Merecen también atención, por llamativos, los términos que emplea la obra para referirse a lo que no considera correcto, dentro de la norma culta. Esto ya se vislumbra con la escala que se expone al principio de la obra, comentada en el inicio de este apartado: la gradación de los “comportamientos lingüísticos” ya es un indicio de este tratamiento negativo de los usos que se consideran incorrectos.

Solo hay dos grados para señalar lo que se considera correcto, *correcto* y *preferible*. A pesar de ello, el segundo grado está desprestigiando alguna otra variedad o

forma de hablar, debido a que si es preferible, tiene que haber otra que no lo sea, que queda por debajo.

En cuanto a la gradación de lo incorrecto la escala es mucho mayor. En lo que se presenta en la introducción de la obra está claro cuáles son los más condenados y los que menos. Habla (de más a menos condenados), de no aceptable, de incorrecto, donde incluye vulgarismos, dialectalismos y coloquialismos, y no recomendado. A pesar de que considera unos errores peores que otros, de alguna forma todos están condenados. Lo que presentan los autores de esta obra es que hay unos usos que son “mejores” que otros. De esto ya se ha hablado al principio del trabajo; sin embargo, es necesario hacer una indicación. Este libro divide una serie de apartados que califica como errores frecuentes, como por ejemplo “Errores frecuentes en la asignación de género” (IC: 207), otras veces ofrece apartados en los que incluye vulgarismos, por ejemplo “Vulgarismos en la pronunciación de los numerales” (IC: 240), e incluso apartados en los que combina los dos, es el caso de “Incorrecciones y vulgarismos relacionados con la conjugación” (IC: 269). El hecho de clasificar algo desde un principio como “errores”, “incorrecciones” o “vulgarismos”, ya presenta a lo así caracterizado como algo negativo, que no se debe emplear de la forma en la que va a aparecer dentro de ese apartado.

Pero esto no termina aquí, pues la obra utiliza muchos otros términos para hablar de lo que está “bien o mal dicho”, sobre todo en el caso de lo negativo, de lo que considera que no está bien empleado. Hay casos especialmente llamativos, pero todos son dignos de mención.

El primero que aparece y que llama especialmente la atención es *defecto*, que aplica a la relajación de las vocales. “La relajación es el defecto más relevante” (IC: 97), también habla de “defecto” al tratar el *quesuismo* (IC: 254), un fenómeno que considera incorrecto. Calificar como defectuoso un uso de la lengua hace que los hablantes que la emplean sientan que tienen un defecto, al menos que su forma de hablar es defectuosa, lo que puede llegarles a crear un serio complejo. Un caso similar es el de *deformación* de la lengua, es un defecto de la misma. Aparece con respecto a ciertos cambios fónicos que se hacen en ocasiones, “sustituir *cuanto* por la preposición *contra* u otras deformaciones fónicas como *\*contrimás*, *\*cuantimás*, *\*contimás*.” (IC: 336).

En cuanto a la pronunciación, también alude a *pronunciación afectada* y/o *dicción afectada*, *pronunciación culta* y *pronunciación esmerada*. Esta caracterización de las formas de pronunciar pueden llegar a diferenciar hablantes; la primera se podría considerar negativa, las otras dos son positivas. Alude a las primeras en relación a la pronunciación de la *v*, “se considera pronunciación afectada pronunciar la *v* como labiodental” (IC: 102) y en relación a la secuencia *tm* “Se recomienda, para evitar una dicción afectada, la pronunciación de la *t* con un sonido más relajado [d]” (IC: 110). La afectación en la pronunciación de esta consonante es un indicio de desconocimiento de la lengua, probablemente de tratar de hablar mejor pero, por ignorancia, no ser capaz, lo que deja en evidencia al hablante. Esto es lo que se podría deducir de esta “pronunciación afectada”, afectada por la falta de naturalidad, por tratar de imitar la norma culta sin conocerla, lo que lleva a errores. En cuanto a las otras dos pronunciaciones son ambas positivas; sin embargo, el hecho de hablar, tanto de *pronunciación culta* como de *pronunciación esmerada*, hace que lo que no se corresponde con esa forma de hablar se considere “inculto”, o “no esmerado”, es decir, lleva a la *pronunciación descuidada* de la que habla con respecto a *azahar* (IC: 362).

En ocasiones también alude a *ultracorrecciones*, refiriéndose a cambios que se hacen por considerar que lo correcto es incorrecto cayendo en el error. Es más, este fenómeno, como ya se ha comentado, lo define, y dice que “consiste en la deformación de una palabra correcta por considerarla de una forma errónea” (IC: 110). El hecho de hablar de deformación es una condena muy clara de esa forma de utilización de la lengua. Estas *ultracorrecciones*, como en el caso de la *pronunciación afectada*, llevan a que quede en evidencia el hablante por desconocer la variedad culta y tratar de emplearla erróneamente. De hecho, la definición sigue, “Suelen cometerla los hablantes que, inseguros de la lengua culta, la aplican a palabras que no deben” (IC: 110). Está claro que considera que los hablantes que no saben “hablar bien”, cometen ese error, es decir, vuelve a condenar a los hablantes, a pesar de que al inicio de la obra había dicho que en todo momento trataría de evitar hacer eso. Uno de estos casos que presenta el libro se da con respecto a la secuencia *ns* + consonante, “se producen a veces ultracorrecciones en las que se aplica este prefijo indebidamente (\**tanspasar*)” (IC: 108), otro es el caso de *olor*, “se considera ultracorrección sustituir *olor* por *loor*” (IC: 386).

Otro término que emplea en varias ocasiones es *error*, y algunos derivados, como *erróneamente*. Esto claramente está condenando lo que se dice. Es el caso de “a veces se mantiene erróneamente como invariable la forma del plural: *un \*rodapiés* (correcto, *un rodapié*)” (IC: 220), también “es un error extendido en España, y en menor medida en Hispanoamérica, usarlo con el valor de ‘ambos’ o de ‘los dos’.” (IC: 248), en este caso se ve también la frecuencia, ¿un error extendido?, ¿no son los hablantes los que hacen la lengua?; esto llevaría a pensar que en realidad no es erróneo, sino que no se recoge en la lengua culta.

Otros casos se consideran *redundantes*, es decir, que se repiten. Por ejemplo: “el uso conjunto de *un* seguido de *cierto* para expresar indeterminación” (IC: 225), “es redundante el empleo de *\*ambos dos*” (IC: 237), “tampoco es correcta la combinación de *atrás* con *hace X años*, pues el significado del adverbio resulta redundante” (IC: 300) y también el caso del adverbio de negación *no*, “es redundante colocarlo al lado de otros adverbios negativos, como *tampoco*, *nunca*. (IC: 309). El caso de la redundancia parece más cercano al carácter lingüístico que los demás, a veces puede tratarse de impresiones, pero muchas otras son factores puramente lingüísticos los que se ven, como la repetición de significado, aunque no en todos los casos, no ocurre esto en el caso de *un cierto*. Sin embargo este no sería un adjetivo tan negativo como los otros.

La *censura* también aparece en algún caso con respecto a ciertos usos. Esta obra, a lo largo de todas sus páginas, censura ciertos usos, por lo que no parece extraño que aparezca esta palabra en alguna ocasión. “Menos frecuente es la combinación de los derivados *algún* y *ningún* con *ciertola*, uso también censurable” (IC: 250). En este caso está censurando ese mismo uso, e incluso probablemente los que citó anteriormente, lo que se puede deducir a partir del uso de “también”. Incluso se podría pensar que los que son “también censurables” son todos los usos que se enuncian a lo largo de la obra y que se consideran fuera de la norma, que se consideran incorrectos.

En alguna ocasión se habla de “carencia de prestigio”, en esta se ve claramente el peso social del que está cargado esta obra, el hecho de que algo carezca de prestigio no depende de factores lingüísticos, sino puramente sociales. Es el caso de “las formas del femenino *\*cuala*, *cualas* y, más aún, el neutro *\*cualo* o *\*lo cualo*.” (IC: 252). Es decir, según esto los hablantes que utilizan estas formas utilizan un habla carente de prestigio. Se ve claramente el peso social si se sigue leyendo sobre este mismo uso: “estas formas vulgares, que marcan a quien las utiliza” (IC: 252). Esto, como ya se ha

comentado, denigra al hablante que utiliza estas formas, y para ello no utiliza factores lingüísticos, sino sociales, algo que no debería ocurrir en una obra de este carácter.

Un caso curioso es el referido a que “se consideran aceptables” (IC: 255), ciertas formas de *que* galicado. El hecho de considerarlo aceptable no da a entender que sea correcto, sino que simplemente se acepta. Por lo tanto, si se analiza esto, parece que se puede decir, pero a pesar de ello se prefiere que se evite este uso. Esto contrasta con algunos usos que considera completamente *rechazables*, “el uso de cómo con el sentido de ‘en papel de’ se considera anglicismo rechazable” (IC: 319), por lo tanto el que lo utiliza queda en evidencia, a diferencia de aquellos usos que son “aceptables”.

Un hecho del que habla, que también define, es la *impropiedad*, “se produce cuando se le aplica a una palabra un significado que no le corresponde” (IC: 253), y luego dice que “para la mayoría de los hablantes el significado de muchas palabras tiene un carácter difuso” (IC: 253). Parece que esto sugiere que “la mayoría de los hablantes” desconocen el vocabulario de su lengua. Resulta un poco extraño este hecho: los hablantes, por norma general, suelen conocer los significados de las palabras que emplean, puede haber ocasiones en los que les surjan dudas, pero esto no quiere decir que sean incultos o que no sepan emplear bien la lengua. Sin embargo, de estas *impropiedades*, como ya se ha dicho, se llega a decir que “suelen resultar muy jocosas” (IC: 400), es decir, suelen ser motivo de risa.

### 3.10. Variedades dialectales

En ocasiones esto que se condena utilizando lo comentado anteriormente es una variedad dialectal, y se dice claramente por qué se hace, como ocurre en el caso siguiente:

En algunas zonas de Andalucía los hablantes no distinguen entre [s] y [z] [...] Se trata de un rasgo dialectal que suele carecer de prestigio social incluso en las áreas en las que se produce. (IC: 100)

Por “carecer de prestigio social”, pero este no es un criterio lingüístico; lo sería si, por ejemplo, aludiese a la comprensión, pero no es el caso; aquí se centra en un factor puramente social.

Está claro que esas palabras condenan un uso de una zona determinada, por lo que de nuevo estamos frente a la censura de una variedad lingüística y, por lo tanto,



también de los hablantes que la usan. En alguna ocasión deja esto patente de forma muy clara:

Una incorrección extendida entre hablantes de bajo nivel cultural de algunas zonas geográficas es la sobrecharacterización de género en adjetivos invariables: *estudiante/\*estudiante; pobre/\*pobra, triste/\*trista, joven/\*jófena*. (IC: 221)

Aquí aún dos criterios, como “hablantes de bajo nivel cultural” y de “algunas zonas geográficas”; por lo tanto está caracterizando una forma de hablar de un lugar concreto como inferior y como marca de ese bajo nivel cultural. Así, se puede ver que la obra condena continuamente a los hablantes y deja en evidencia algunas de las variedades del español. Así, el propósito que enuncia en la introducción queda en entredicho. Esto se puede seguir comprobando con los ejemplos siguientes en los que condena ciertas variedades dialectales, tanto peninsulares como hispanoamericanas.

### **3.10.1. Variedades peninsulares**

En cuanto a las variedades peninsulares algunas de las que son consideradas incorrectas son las siguientes:

No es aceptable el empleo de *mismo* antepuesto a grupos sintácticos, construcción que se da en algunas hablas del norte de España. *\*Estamos mismo al lado de Bilbao*. (IC: 227)

Condena el habla de zonas del norte de España en cuanto a la utilización del adjetivo *mismo*, dice que “no es aceptable”, es decir, da a entender que los que lo utilizan no saben hacer un buen uso de la lengua castellana.

La norma culta del español rechaza el empleo del artículo delante de los nombres propios de persona. (IC: 231)

En este caso está condenando un rasgo típico del habla del castellano de Cataluña, probablemente por influencia del catalán, en el que sí se emplea el artículo antes de los nombres propios. Este uso aparece también en el castellano de Galicia, aunque es menos habitual, también por influencia del gallego. De nuevo, esta utilización no interfiere en la efectividad del mensaje emitido, es igualmente comprensible, e incluso podría formar parte de la lengua culta. Sin embargo, no es así, pero no por factores lingüísticos, sino sociales, por influencia del castellano de esa zona que se utilizó en un momento determinado para crear la norma culta de la que habla continuamente esta obra.

Razones de cortesía, se consideran inaceptables, y por tanto descartables totalmente en la lengua cuidada, secuencias como *\*me se* o *\*te se* en lugar de *se me* o *se te*. (IC: 259)

En este caso da una serie de razones por las que no se acepta esta secuencia, propia de ciertas zonas peninsulares como Castilla, Cantabria o Canarias, sin embargo, esas razones son discutibles. No es motivo de cortesía el hecho de que se emplee *se me* o *se te*, sino que de nuevo vuelve a ser la variante escogida de forma arbitraria. Moreno Cabrera recoge en una de sus obras (2000: 247-248) algo al respecto:

La gramática estándar del español obliga a considerar correcto ‘se me cayó’ frente al incorrecto *me se cayó*. Pero la secuencia *me se* es tan posible e impecable gramaticalmente como *se me* (de hecho, el italiano opta por ella). Nada hay en la gramática que nos diga que la secuencia *me se* está mal. Simplemente hay una regla de orden de pronombres clíticos con dos formulaciones. Una de ellas es la de la lengua estándar, pero podría perfectamente haber sido la otra.

A pesar de todo esto se dice que se consideran “inaceptables, y por tanto descartables totalmente en la lengua cuidada”, es decir, quien emplea esto no sabe “hablar bien”, habla de forma descuidada. En cambio, si se observa este fenómeno desde el punto de vista lingüístico se puede ver que tanto la variante que aquí se considera errónea, como la que se considera correcta, son completamente válidas.

A pesar de que en Castilla está relativamente extendido incluso entre hablantes cultos, no es aceptable en ningún caso en la lengua escrita ni el laísmo de personas ni el de cosas. (IC: 263)

El caso del laísmo también es llamativo, pues, como ya se anotó antes, se condena a pesar de ser utilizado por hablantes cultos. Esta variedad de Castilla “no es aceptable”, o sea, no se puede decir, según lo que se expone aquí. Lo mismo ocurre con el caso siguiente, “propio de los dos tercios occidentales de Toledo y el oeste de Madrid, y en casos esporádicos en el occidente de Guadalajara” (Alvar 1996: 225):

El *loísmo* es el uso impropio de *lo*, *los* en función de complemento directo, en lugar de *le*, *les*. De los tres fenómenos descritos aquí, este es el que consideramos más vulgar, por lo que debe ser rechazado, tanto el de persona como el de cosa. (IC: 263)

En cambio este fenómeno está todavía peor considerado, dice “es el que consideramos más vulgar, por lo que debe ser rechazado”, es decir, el hecho de emplear este fenómeno gramatical, que por otra parte no interfiere en la comprensión del lenguaje, marca a los hablantes como vulgares.

Es un vulgarismo añadir *-s* en la terminación de la 2.<sup>a</sup> persona del pretérito indefinido. A pesar de su generalización en la lengua hablada, es un uso que debe evitarse y, por supuesto, no debe aparecer en la lengua escrita. (IC: 269)

De nuevo está condenando una variedad. Esto es propio del castellano de Galicia, así como de otras zonas y sociolectos, y está muy extendido. Sin embargo aquí

empieza diciendo “es un vulgarismo”, de nuevo está marcando; quien emplea esta terminación está siendo vulgar, o al menos empleando un lenguaje vulgar, lo que suele estigmatizar a esos hablantes.

Las expresiones *\*echar a faltar* y *\*encontrar a faltar* se consideran calcos del catalán, por lo que se desaconseja su uso en la lengua culta. Deben sustituirse por *echar en falta* o *echar de menos*. (IC: 283)

Probablemente estas expresiones aparezcan en el castellano de Cataluña, por ser calcos del catalán, pero por un lado ya forman parte de esa variedad del español y por otra no impiden la comprensión; pueden ser entendidas perfectamente por un hablante de castellano de cualquier otra zona. Sin embargo, se ve que lo que esta obra considera importante es la lengua culta, por eso desaconseja el uso de estas construcciones. Se está de nuevo ante un caso en el que si fuese el castellano de otra zona el escogido, este sería la norma culta, lo que llevaría a que lo que hoy en día es lo “correcto” fuese incorrecto y viceversa.

No es correcto usar el condicional en la parte de las oraciones condicionales que lleva la conjunción, es decir, en la que se expresa la condición, denominada «prótasis». (IC: 293)

En este caso condena un uso de la lengua que se hace en el País Vasco, lo considera incorrecto. Sin embargo ocurre lo mismo que en los casos anteriores, podría haber sido esta variedad la que se considerase correcta, en cambio no lo fue, por lo que ahora es condenada. Esto parece injusto, ya que ninguno de estos usos interfiere en la comprensión de un mensaje, sino que simplemente son formas distintas de decir una misma cosa que, según la zona en la que se encuentren los hablantes, lo dirán de una manera u otra y, desde el punto de vista lingüístico, todas son igualmente válidas.

### **3.10.2. Variedades hispanoamericanas**

En otros casos lo que se condena son las variedades hispanoamericanas, y esto ocurre incluso en más ocasiones que con las variedades peninsulares. Aparecen más variedades de Hispanoamérica consideradas incorrectas o vulgares, o no aceptadas por la norma, que de España. No solo esto, sino que cuando algunas variedades no aceptadas aparecen en ambos sitios predominan los ejemplos en los que aparecen las variedades hispanoamericanas, quedando más patente que esas son incorrectas. Por lo tanto aquí se vuelve sobre la falsa idea del panhispanismo. Según señalan Agoff *et al.* (2013), parece que teóricamente se defiende el carácter pluricéntrico del español, en

cambio, en las políticas de la RAE se puede ver que “el matiz de “diversidad” que propone termina perdiéndose en el marco de decisiones normativas y reguladoras que responden a su tradicional espíritu centralista”. Lo que ocurre en esta obra que se está analizando se puede ver incluso en el *Diccionario Panhispánico de Dudas*, donde están condenados muchos de los usos empleados en Hispanoamérica. Esto supone un problema para el español, sobre todo para su diversidad, tanto lingüística como cultural, y “el problema es el monopolio, la utilización mercantil de la lengua y la consiguiente amenaza cultural que supone imponer el dominio de una variedad idiomática” (Agoff *et al.* 2013). Sin embargo, esta neutralidad que se busca al defender una sola variedad, ese capitalismo, supone un empobrecimiento para la lengua. Se debería “generar un estado de sensibilidad respecto de la lengua, que no se restrinja a una reflexión académica sino que enfatice sobre su dimensión política y cultural” (Agoff *et al.* 2013), es decir, que no se restrinja solo a una variedad central, sino que se valoren todas las variedades ya que el mito de que la lengua española está en peligro, que justifica la estandarización y el centralismo, la unidad, para que no se pierda, no deja de ser eso, un mito.

Se pueden ver a continuación algunas de las variedades hispanoamericanas, o rasgos, que aparecen condenadas en esta obra:

No pertenecen a la lengua culta el uso expletivo de *mismo* que se documenta en México, Centroamérica y otras áreas hispanoamericanas, en que el adjetivo aporta valor enfático al introducir oraciones de relativo. \**Con el triunfo Morelia llegó a 17 puntos, mismos que lo colan [sic] en el subliderato de la tabla general[...]* (IC: 227)

No es correcta la expresión \**en lo adelante*, que se encuentra sobre todo en países de la zona caribeña. Debe sustituirse por *en adelante*. (IC: 300)

[*sendos, sendas*] En algunas zonas hispanoamericanas se usa incorrectamente como sinónimo de ‘enorme, desproporcionado, desmesurado, descomunal’. (IC: 248)

No pertenece a la lengua culta el empleo de adverbios demostrativos de lugar como término de la preposición *en*, uso popular de zonas centroamericanas y andinas: \**en allá*, \**en ahí*. (IC: 301)

[*hasta*] Cuando se usa para introducir un complemento circunstancial de tiempo en oraciones de significado negativo, tiene dos significaciones opuestas en español. En la mayor parte del territorio [...] No obstante, en México, América Central, Colombia y zonas de Venezuela y Ecuador se ha eliminado el adverbio de negación [...] Lo recomendable es que se conserve el adverbio de negación para evitar ambigüedad. (IC: 326)

[*como*] En las estructuras comparativas, no es correcto el empleo de \**tal cual como*, que se encuentra en algunos países hispanoamericanos en lugar de *tal como*. (IC: 334)

Tampoco se admite en la norma culta el empleo que se encuentra en algunos países de América del plural *los* donde debe aparecer el singular *lo*. Esta falsa concordancia se produce cuando el hablante hace coincidir el número del pronombre con el del complemento indirecto plural. (IC: 345)

Como se puede ver en los casos anteriores, muchos usos de América Latina no están aceptados por la lengua culta, o son considerados incorrectos, a pesar de que son usos habituales en esas zonas.

En otras ocasiones lo que condena la obra es la variedad que pertenece a la “lengua popular” o al “lenguaje coloquial” de ciertas zonas de Hispanoamérica. Por lo tanto ya no solo está condenando esa forma de hablar, sino que está estigmatizando socialmente a los hablantes que la utilizan.

[*donde*] No pertenece a la lengua culta la construcción *\*donde que*, usada en la lengua popular de algunas zonas americanas, especialmente las áreas andinas, a veces con valor consecutivo o ilativo. (IC: 307)

[*pues*] En la pronunciación de esta palabra no es aceptable ni reducir el diptongo, *\*pos*, forma habitual en el lenguaje coloquial menos cuidado, ni debilitar las vocales hasta eliminarlas, *\*ps*, variante esta que se da en algunas zonas de Hispanoamérica. (IC: 340)

Incluso en ocasiones reconoce que efectivamente los empleos están extendidos, que son generales en las zonas en los que se emplean pero, a pesar de ello, no están aceptados, siguen estando condenados, como los casos anteriores. Esto ya se ha tratado cuando se comentaba la frecuencia de uso de ciertas expresiones: no es un factor que se utilice de forma sistemática, sino que es arbitrario, depende sobre todo de factores sociales, aunque no aparezca reconocido por el propio libro. Se puede ver en los casos siguientes.

Está bastante generalizada, sobre todo en Hispanoamérica, la secuencia *\*cualquiera sea*, en la que se ha eliminado incorrectamente el relativo *que*. La forma normativa de esta secuencia es *cualquiera que sea* o, en plural, *cualesquiera que sean*. También son válidas otras expresiones equivalentes, como *sea cual sea*, *sean las que sean*, etc. (IC: 245)

[*demás*] Salvo en las enumeraciones, no se admite su uso sin artículo, aunque es uso generalizado en el español del Caribe. (IC: 247)

A pesar de que es muy habitual que los adverbios *adentro* y *afuera* lleven complementos con *de* en el español de América, no se considera normativo este uso y se recomienda emplear en estos casos las formas adverbiales sin *a-*. (IC: 300)

La variante *adonde* lleva incorporada la preposición *a*, que implica desplazamiento. Por ello, solo debe usarse con verbos que indican movimiento, no con verbos estativos, a pesar de que esta variante se usaba con frecuencia en la lengua antigua y aún tiene un amplio uso en Perú. (IC: 301)

### **3.10.3. Variedades peninsulares e hispanoamericanas**

Hay casos todavía más llamativos, en los que lo que se considera incorrecto es propio tanto de Hispanoamérica como de la Península, incluso también reconociendo

que se emplea de manera frecuente y/o que está muy extendida, como ocurre en los ejemplos siguientes:

[*nada, nadie, nunca*] En combinación con el cuantificador *más*, se recomienda la posposición, a pesar de que la anteposición (*más nada, más nadie, más nunca*) está muy extendida en áreas de España y América. (IC: 247)

[*sendos, sendas*] En cuanto al significado, es un error extendido en España, y en menor medida en Hispanoamérica, usarlo con el valor de ‘ambos’ o de ‘los dos’. (IC: 248)

[*más*] Cuando acompaña a los pronombres indefinidos *nada, nadie* o al adverbio *nunca*, en el español general se prefiere la posición pospuesta; se desaconsejan, por tanto, las construcciones *más nada, más nadie, más nunca*, que sin embargo están muy extendidas en Canarias, Andalucía y el Caribe. (IC: 308)

[*caer*] Es incorrecto su uso con el significado de ‘tirar’, empleo que aparece en regiones occidentales de España y del sur de Chile. (IC: 276)

En algún caso incluso se remarca que es un uso que está en aumento, pero a pesar de ello “no se admite”.

[*haber*] No se admite en la lengua culta la concordancia de haber con el complemento directo, a pesar de que se trata de un uso muy generalizado en América y en varias regiones españolas y, al parecer, en aumento. (IC: 283)

Esta inadmisión de usos frecuentes o generalizados parece contradictorio dentro de esta obra ya que, si se alude al uso, debería estar reconocido aquello que es habitual y que, a pesar de no aparecer en la norma culta, en la variedad estándar, sí debería estar aceptado lingüísticamente, ya que no interfiere en la comunicación. De esta forma, desde el punto de vista lingüístico, no se debería condenar, si se hace desde una visión descriptivista, la que parece que defiende el libro al comienzo, pero que es solo una ilusión. En realidad lo que predomina es una visión prescriptivista, que se basa en la norma culta, la de las obras de referencia, y que no tiene en cuenta el uso de la lengua que hacen los hablantes en situaciones cotidianas.

## CONCLUSIONES

Tras haber hecho un análisis descriptivo de la obra del Instituto Cervantes, *El libro del español correcto* se puede llegar a una serie de conclusiones que se han venido apuntando a lo largo de todo este TFG.

Esta obra trata, como se expone al principio de la misma, sobre “corrección idiomática” (IC: 19). Es esta corrección en lo que se basa para aceptar o rechazar ciertos usos de la lengua. Esto, como se ha podido ir comprobando, viene dado por el carácter prescriptivo de la obra, se basa en la norma culta para establecer qué es lo que está bien. No se limita a hablar de correcto, considerado lo socialmente aceptable, e incorrecto, lo socialmente inaceptable, sino que incluso aparece una escala gradual entre estos dos extremos. Esto lleva a pensar que se puede hablar un poco mejor o un poco peor, sin hablar ni completamente bien ni completamente mal, según en qué grado de la escala se encuentre el uso de la lengua que se hace en un momento determinado, algo que no tendría sentido desde un punto de vista descriptivo.

El concepto de norma que sigue no es el de Coseriu, el más adecuado para una obra de este tipo debido a que se utilizaría un criterio lingüístico, se basaría en lo normal del uso de la lengua, en cómo es realmente el español. En este caso, en cambio, se centra en la norma culta, es decir, se basa en un modelo de lengua, habitualmente de las clases altas, determinado por ciertas obras de referencia.

En esta obra se dice “la norma, pues, es una especie de acuerdo implícito entre los hablantes de una comunidad acerca de cómo deben considerarse los hechos lingüísticos” (IC: 145), es decir, da a entender que los que la hacen son los hablantes, que “la norma se crea dentro de una comunidad de habla” (IC: 145). Esto es falso ya que en la realidad no son los hablantes de cada comunidad los que la hacen, aunque sería lo ideal, sino que únicamente los más cultos tienen el prestigio suficiente para poder establecerla. Se dice que sería lo ideal porque si cada comunidad estableciese sus propias reglas, basándose en el uso que hacen de la lengua, y esto se aceptase, no habría desigualdad lingüística, ya que las normas serían el uso real y cada comunidad de habla tendría las suyas propias. De esta forma, la norma de cada comunidad estaría creada por los propios hablantes, y debería ser aceptada por las demás comunidades, se tendría conciencia de que existen diferentes comunidades de habla con sus propias normas de uso, todas igual de válidas.

Es cierto que, en relación a lo comentado anteriormente, de esa forma, si cada comunidad de habla tiene su propia norma (entendida en el sentido coseriano) sería muy complicado abarcar todo el español y dejarlo recogido en un libro, es más, sería casi imposible. Sin embargo, esta obra va más allá de la posibilidad de recoger todas las variedades del español, debido a que no solo no las recoge, o tal vez algunos rasgos sí, pero lo hace para condenarlos. Es decir, lo que hace el Instituto Cervantes aquí es censurar aquellas variedades que son diferentes al estándar.

Por lo tanto, a pesar de reconocer en el propio libro que su propósito “no es el de censurar ninguna variedad lingüística” (IC: 22) es lo que están haciendo, a pesar de que todas deberían ser válidas. Toman como base la norma culta y además peninsular, centralista, y rechazan, consideran incorrecto, todo aquello que se aleja de la misma. Es decir, las variedades dialectales, tanto peninsulares, y en especial las hispanoamericanas, quedan por debajo de esta variedad estándar culta. En especial las hispanoamericanas porque la mayor parte de los usos del español de América, a pesar de hablar del panhispanismo, aparecen condenados en esta obra. Esto es curioso porque, a pesar de que la propia obra habla de la “norma culta supranacional” (IC: 145), incluso condena en bastantes casos usos hispanoamericanos que emplean hablantes cultos.

Si se tiene en cuenta algo importante de las lenguas con respecto a los hablantes, como es la identidad que da una lengua, o una variedad concreta, a una comunidad, es llamativo lo que ocurre con la norma culta, ya que ningún hablante se siente completamente identificado con ella y, sin embargo, se toma como base en esta obra. Esta ausencia de identificación se da porque en gran parte es una creación artificial, de las instituciones, y no de los hablantes, entre las que se encuentra el propio Instituto Cervantes.

Sí es verdad que en un principio esta obra no expone un criterio basado completamente en la variedad culta, al menos no lo reconoce de esta forma, sino que trata de presentar una cierta sistematicidad a la hora de establecer qué se considera aceptable y qué no se considera aceptable. Para ello se basa principalmente en algo que podría ser admisible, la frecuencia de uso, sin embargo, como se ha podido comprobar en el análisis del libro, no se presenta de forma sistemática. En muchas ocasiones condena aquello que es frecuente, reconociendo incluso que la frecuencia de uso es alta, es decir, en realidad se está basando en otros principios. Por lo tanto no sigue unas pautas fijas sino que en lo que se basa, a pesar de no decirlo explícitamente, es en la norma culta, estándar, establecida a partir de la variedad de las clases altas.



A pesar de todo esto, esta obra podría fundamentarse en la variedad estándar, podría recogerla, pero si simplemente la describiese. Sin embargo va mucho más allá, no solo condena las variedades que son diferentes, sino que también lo hace con los hablantes que no emplean el estándar. El hecho de que las variedades, por sí mismas, sean despreciadas no sería lo más importante si esto no tuviese repercusión en los hablantes. Pero es imposible que esto no ocurra, la lengua no existe fuera de los individuos por lo que la identificación que se puede hacer variedad-hablante se puede traducir a la consideración que se hace de una u otra.

Entonces, como se ha podido ver, esta obra no se limita a censurar las variedades, a decir que son correctas o incorrectas, o que son aceptables o no, sino que, como se ha podido comprobar en el análisis, condena directamente a los hablantes. Habla de “hablantes inseguros de la lengua culta” (IC: 110), o que ciertos usos lingüísticos “marcan a quien los utiliza” (IC: 252). Además en ciertas ocasiones los ejemplos que da son extraídos de libros, de caracterizaciones que hacen los escritores de sus personajes, en todos los casos de aquellos personajes de baja extracción social, en ningún momento de un personaje que emplee la variedad estándar. El hecho de que se equipare la ficción de una novela, por ejemplo, con el habla real de los hablantes de cierta variedad hace que estos se identifiquen con los personajes y se sientan atacados o menospreciados, ya que suelen estar desvalorizados. Además de esto, a lo largo de toda la obra continuamente se emplean términos despectivos hacia las variedades distintas a la estándar como: “defecto” (IC: 97, 254), “pronunciación afectada” (IC: 102), “erróneamente” (IC: 220) “incorrección” (IC: 221, 224), “redundante” (IC: 225, 237, 300, 309), “carencia de prestigio” (IC: 252), “pronunciación descuidada” (IC: 362), “impropiedad” (IC: 353, 400), “rechazable” (IC: 319), “deformaciones” (IC: 336). Además de hablar en numerosas ocasiones de vulgarismos, coloquialismos y dialectalismos, siempre con connotaciones negativas. Es decir, esta obra condena, censura, y no solo esto, incluso hace chistes de todo aquello que es diferente a la lengua estándar, la establecida por las instituciones.

Esto condiciona socialmente a los hablantes ya que no es que se vayan a “sentir inseguros de la lengua culta” como se decía en algún momento en esta obra, sino que incluso se van a sentir inseguros de su propia variedad y, por lo tanto, de ellos mismos, considerándose inferiores. Esta consideración de inferioridad o superioridad tiene consecuencias sociales, los individuos de las variedades más cultas están mejor

considerados que los de las demás variedades, lo que conlleva una posición de ventaja o desventaja social.

Todo lo comentado hasta aquí carece de sentido desde el punto de vista lingüístico y no debería aparecer así en un libro de estas características. Ninguna variedad es superior lingüísticamente hablando, todas son igual de válidas y, a diferencia de lo que se dice en esta obra, todas tienen la misma eficacia comunicativa. La superioridad de una variedad viene dada por la consideración social de los hablantes que la emplean, en la mayoría de las ocasiones es aquella de los más cultos la que se considera como lengua estándar, pero no por ser mejor, sino por estar situada en una situación política o social ventajosa. Por lo tanto, como se puede ver, las consideraciones de superioridad o inferioridad de las lenguas vienen dadas por factores extralingüísticos. Así, los lingüistas no deberían considerar mejor o peor una variedad que otra, y todavía menos a los hablantes que las emplean, sino que deberían describirlas, adoptar un punto de vista descriptivo que no entra en criterios de valoración. Sin embargo, como se ha podido ver, en esta obra del Instituto Cervantes se hace todo lo contrario, es prescriptiva, condena variedades considerando unas mejores que otras, lo que repercute también en los propios hablantes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agoff, I. et al. (2013): “Manifiesto por la soberanía idiomática de Argentina y América Latina”. Diario Página 12, 17-09-2013. Accesible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-229172-2013-09-17.html>
- Alvar, M. (1996): *Manual de dialectología hispánica: el español de España*. Barcelona: Ariel.
- Amorós Negre, C. (2009): “El ‘estándar’: tipología y definiciones. Su vinculación con la norma”. *Revista Española de Lingüística* 39/2: 37-61.
- Bauer, L. y P. Trudgill (eds.) (1998): *Language myths*. London: Penguin.
- España (1991): “Ley 7/1991 de 21 de marzo, por la que se crea el Instituto Cervantes”. *Boletín Oficial del Estado* 70, viernes 22 de marzo, disposición 7354: 9067-9069.
- Instituto Cervantes (2014): “Quiénes somos”. Accesible en: [http://www.cervantes.es/sobre\\_instituto\\_cervantes/informacion.htm](http://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/informacion.htm)
- Lara, L.F. (2011): “El símbolo, el poder y la lengua”. En S. Senz y M. Alberte (eds): *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las Academias de la Lengua Española*, vol. I. Barcelona: Melusina, 315-341.
- Lewandowski, T. (1982): *Linguistisches Wörterbuch*. Heidelberg: Quelle & Meyer. Cit. por *Diccionario de lingüística*. Madrid: Cátedra, 1986.
- Longa, V.M. (2008): “Sobre prejuicios lingüísticos y la necesidad de desterrarlos del ámbito educativo: dialecto estándar y dialectos no estándares”. *Aula de Encuentro* 11: 167-186.
- Lyons, J. (1981): *Language and linguistics*. Cambridge, Cambridge University Press. Cit. por *Introducción al lenguaje y a la lingüística*. Barcelona, Teide, 1984.
- Moreno Fernández, F. (1998): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- Milroy, J. y L. Milroy (1985): *Authority in language. Investigating language prescription and standardisation*. London: Routledge & Kegan Paul.

- Moreno Cabrera, J.C. (2000): *La dignidad e igualdad de las lenguas. Crítica de la discriminación lingüística*. Madrid: Alianza Editorial.
- Moreno Cabrera, J.C. (2011): “‘Unifica, limpia y fija’. La RAE y los mitos del nacionalismo lingüístico español”. En S. Senz y M. Alberte (eds): *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las Academias de la Lengua Española*, vol. I. Barcelona: Melusina, 157-314.
- Paredes García, F., S. Álvaro García, Z. Núñez Bayo y L. Paredes Zurdo (2012): *El libro del español correcto. Claves para hablar y escribir bien en español*. Madrid: Instituto Cervantes y España Libros.
- Penny, R. (2000): *Variation and change in Spanish*. Cambridge: Cambridge University Press. Cit. por *Variación y cambio en español*. Madrid: Gredos, 2004.
- Preston, D. (1998): “They speak really bad English down South and in New York City”. En L. Bauer y P. Trudgill (eds.) (1998): *Language myths*. London: Penguin, 139-149.
- Romaine, S. (1994): *Language in society*. Oxford: Oxford University Press. Cit. por *El lenguaje en la sociedad. Una introducción a la sociolingüística*. Barcelona: Ariel, 1996.
- Senz, S. y M. Alberte (eds.) (2011): *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las Academias de la Lengua Española*, 2 vols. Barcelona: Melusina.
- Senz, S., J. Minguell y M. Alberte (2001): “Las academias de la lengua española, organismos de planificación lingüística”. En S. Senz y M. Alberte (eds): *El dardo en la Academia. Esencia y vigencia de las Academias de la Lengua Española*, vol. I. Barcelona: Melusina, 371-550.
- Trudgill, P. (1983): *On dialect. Social and geographical perspectives*. Oxford: Basil Blackwell.
- Tusón, J. (1996): *Los prejuicios lingüísticos*. Barcelona: Octaedro.